

La Esfera

Año I * Núm. 5

Precio: 50 cénts.



EL DEPORTE DE LA NIEVE, por Viscaí



Estos
niños
deben su
abundante cabellera
al
PETRÓLEO GAL
...

A. Ehrmann.

Año I

31 de Enero de 1914

Núm. 5

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



El infante D. Fernando en el concurso de galgos celebrado en Madrid para disputarse la "Copa del Goloso", que se corre anualmente

POT. SALAZAR

NARRACIONES HISTÓRICAS

LOS CIRIOS DE LA CANDELARIA

El 21 de Enero del año 1809, fué un día agitadoísimo en Benavente, la noble é histórica ciudad zamorana, donde, á la sazón, tenía su alojamiento el amo del mundo, el gran emperador Napoleón.

Arregladas sus diferencias (á lo menos él así lo creía) con el emperador Alejandro de Rusia, en Erfurt (donde, en un cobertizo convertido en teatro representó *Talma*, para un público en el cual los reyes, sólo tenían bancos para sentarse, reservándose exclusivamente dos sillones de brazos para Napoleón y para Alejandro); amigos al parecer, los dos poderosos de la tierra, el francés, dejando para más adelante engañar al ruso, invadiendo su territorio, se dirigió á España, escoltado por ochenta mil veteranos retirados de Sajonia, Polonia y Prusia, pensando y diciendo, que acabaría la guerra y sometería la nación en cuatro meses.

Puesto en práctica su proyecto, entró en España, y, el citado día 21 de Enero, hallábase en Benavente, donde, á juzgar por el movimiento y la actividad que en su derredor se advertía, en el ir y venir de edecanes, mandar recados, recibir avisos y celebrar consultas, era indudable que algún proyecto importantísimo, y de trascendencia suma, agitaba el espíritu del gran emperador. ¡Y tan importante como era! Como que se trataba nada menos que de romper las relaciones del Imperio con el Papado; casi otra guerra como la famosa de las Investiduras; no diplomática, como son al presente las luchas entre el poder civil y el poder religioso, sino guerra de violencias, que había de llevar consigo la destitución y el encarcelamiento del Padre Santo.

Y á fe que el pretexto buscado, mejor dicho, el primer proyectil lanzado por el emperador contra el Papa, no podía tener origen más nimio ni valor más negativo.

Bien de mañana, y como consecuencia de tanto movimiento, de tanta intriga y de misterio tan profundo, salía de Benavente un correo de gabinete que, tomando el camino de París, llevaba al ministro de Negocios extranjeros, francés, una carta de su amo y señor ordenándole que escribiese á Roma, haciendo saber al Papa, que él, el emperador, no aceptaba los cirios de la Candelaria, que José, rey de España, no los aceptaba tampoco, y que lo mismo hacían los reyes de Nápoles y de Holanda, Joaquín Murat y Luis Napoleón.

El hecho no podía ser más pequeño; el propósito y las consecuencias no podían ser más trascendentales.

Napoleón, ya en el paroxismo de la locura de grandezas, necesitaba Roma para su gloria; soñaba con tener un «departamento del Tiber» y con engarzar en su imperial corona, el florón sin igual, que representaba la reina del mundo: la que fué, como Constantinopla, el anhelo de todos los pueblos, el objetivo sagrado de todas las razas.



No contento con haber obligado á ir á París para que lo consagrara Emperador, al anciano Pío VII, cuando éste trató de volver á Roma, se le dijo, dibujándose ya la traición y la violencia en las palabras, «que era muy fácil retenerle en París», á lo cual replicó con humilde dignidad el Pontífice: «Todo está previsto; antes de salir de Italia, he firmado una abdicación en toda forma, que se halla en poder del cardenal Pignatelli, en Palermo, y fuera del dominio de Francia; por consiguiente, al detenerme, en vez de un Papa, sólo tendréis en vuestro poder, un sacerdote llamado Bernabé Chiaramonti.»

Fuerza le fué á Bonaparte cejar por el momento en sus intenciones, pero las aplazó por poco

tiempo, pues después del incidente de los cirios, y con pretexto de pedir él y negarle el Papa, que ya estaba en Roma, la anulación del matrimonio de Jerónimo Bonaparte, con la protestante Srta. Paterson, en 17 de Mayo de 1809, por un decreto, agregó los Estados pontificios al imperio francés, y el soberano Pontífice, fué reducido á prisión, no sin firmar una protesta solemne, de la cual, naturalmente, no hicieron caso alguno los mandatarios de Napoleón.

El general Radet, encargado de apoderarse de la persona del Pontífice, entró con sus fuerzas por las ventanas del palacio que daban á la calle de la Puerta Pía, abiertas á golpes de hacha, y le hizo prisionero.

Desde este momento, aquellos dos grandes personajes de la Historia, el anciano, el humilde, el preso; y el poderoso, el omnipotente, el carcelero, siguen sendas distintas, que parecen divergentes, y que no obstante, al cabo de algunos años, cambiando los destinos de ambos, llegan á un punto de conjunción.

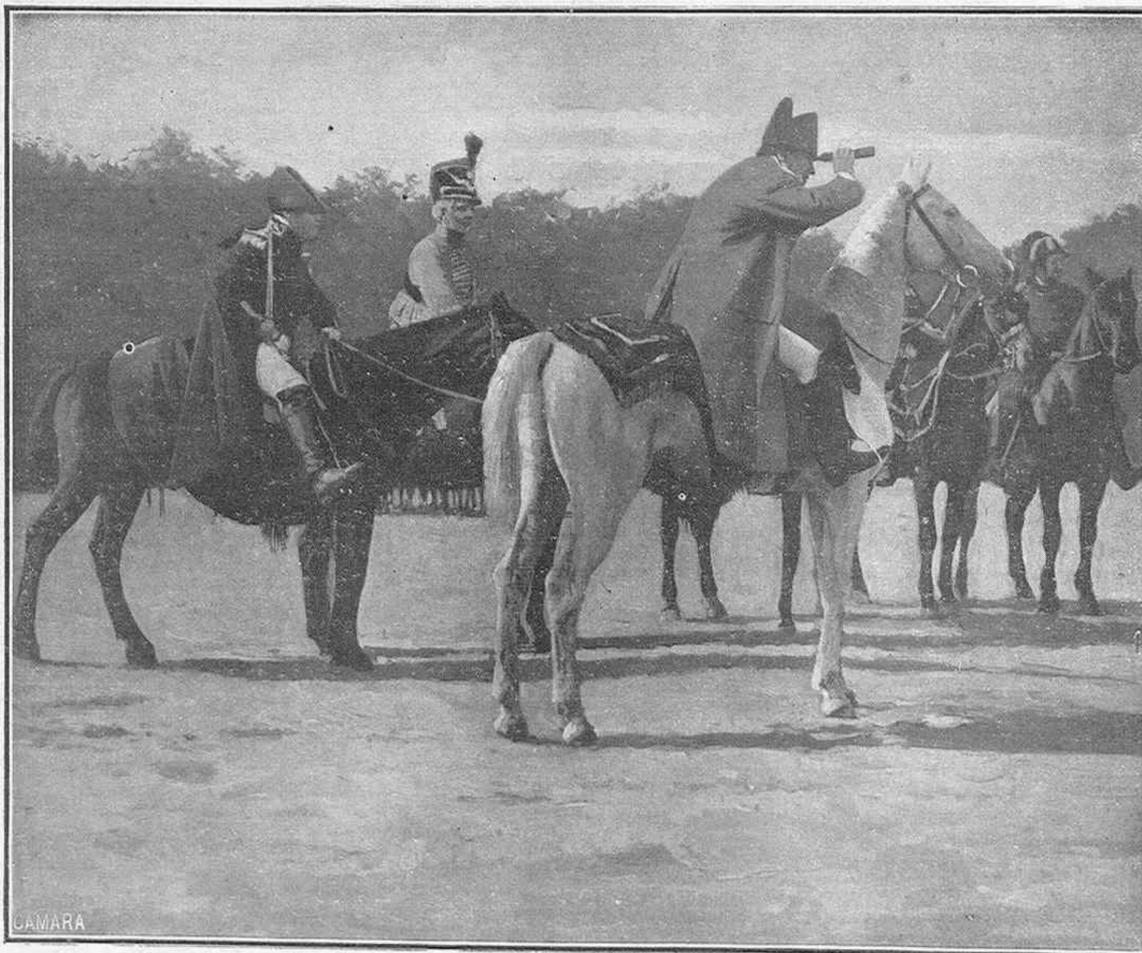
Pío VII, pasando por todas las afrentas, sufriendo todos los insultos y todas las miserias, sale por la Puerta Pía, en un coche cerrado con dos vueltas de llave, como un criminal peligroso; pasa por Siena y por la Cartuja de Vallebrosa, de donde le arranca una orden repentina, que le conduce á Alejandría y después á Savone, desde donde, después de tres años de cautiverio, en 9 de Junio de 1812, es conducido, prisionero también, á Fontainebleau.

Napoleón, entre tanto, ha recorrido la trayectoria luminosa de su grandeza y de su gloria; ha entrado en Viena, ha vencido en Essling y en Wagram, ha firmado la paz en el palacio del Emperador de Austria, se ha casado con la hija de los Césares, ha pasado por los campos de batalla de Borodino, pero ha atravesado también las heladas estepas de la Moscovia, ha visto perecer su ejército, el gran ejército, y se ha encontrado solo, del lado de acá del Beresina, después de aquella milenaria catástrofe; y de desgracia en desgracia, ha llegado á la derrota de Leipsik; y aquel Alejandro de quien se burlaba en Erfurt, y aquel rey de Prusia á quien había menospreciado, entraban en París al frente de los cosacos y de los prusianos.

El 21 de Enero de 1814, cinco años justos desde el día de la carta firmada en Benavente por el emperador, ofendiendo al Papa, éste fué puesto en libertad en Fontainebleau; Pío VII siguió el camino del mediodía, entre las aclamaciones más entusiastas de la multitud, entre cánticos y repique de campanas, y aún no había llegado á Roma, cuando ofreció un asilo á la madre de Bonaparte; y pocos días después, el 2 de Febrero, le enviaba los cirios de la Candelaria consagrados en la basílica de San Pedro.

Y la madre del emperador, «la buena señora, Leticia», los recibía muy agradecida.

FERNANDO SOLDEVILLA



CAMARA

ERUPCIÓN VOLCÁNICA EN EL JAPÓN



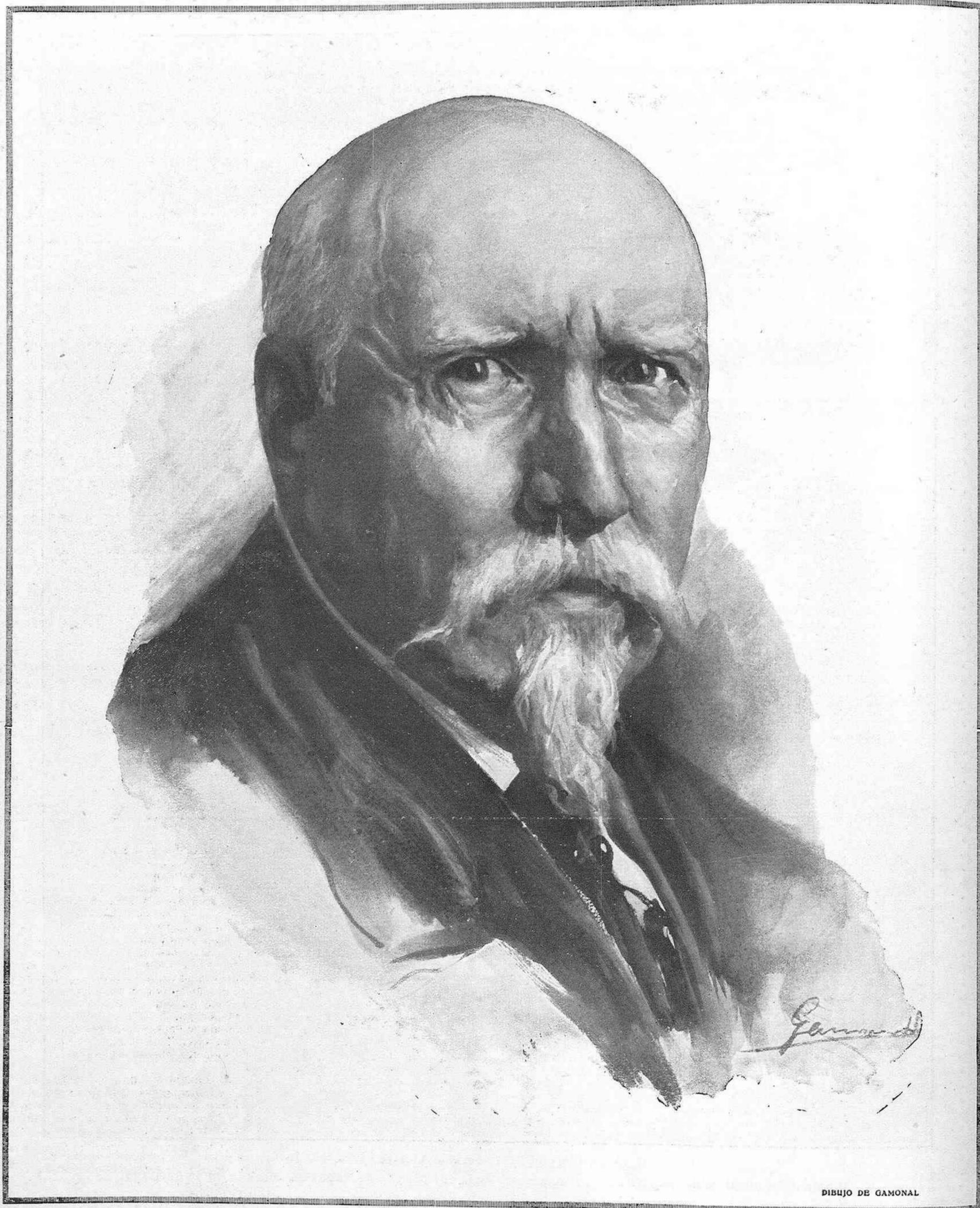
EL VOLCAN SAKURA SHIMA EN ERUPCIÓN

Dibujo representativo de los movimientos sísmicos y de la destrucción de Kago Shima por la lluvia de fuego

La isla de Sakura Shima, donde está el volcán, se considera totalmente perdida. La costa occidental de Kago Shima ha saltado en pedazos, hundiéndose 15.000 casas y desapareciendo 70.000 habitantes. La erupción empezó el día 12 del actual, saliendo una llama que se elevó a mil metros. Después, una lluvia de lava y de piedras candentes arrasó las poblaciones y los campos. Según las noticias transmitidas de Tokio, donde se han sentido las sacudidas sísmicas, no es posible dar idea de la magnitud de la catástrofe.

LA ESFERA

▣ NUESTROS GRANDES PRESTIGIOS ▣



DIBUJO DE GAMONAL

D. JOSÉ ECHEGARAY

Insigne hombre de ciencia, autor dramático y académico



Las mañanas de invierno en Madrid.—Tropas de Caballería en la plaza de Oriente, después de la Parada

FOT. CAMPUSA

DE LA VIDA QUE PASA

MIS RECUERDOS

Yo no sé si los ciudadanos de nuestro país, que digan lo que quieran los pesimistas, es tan civilizado como otro cualquiera, aunque lo sea, en ocasiones, á su modo.

Lo que yo digo, es, que los españoles tenemos una condición especial, especialísima, de que voy á dar cuenta á mis lectores, y que he tenido ocasión de comprobar, á lo largo de mi vida, que ya no es muy corta.

Esta condición á que me refiero, buena ó mala, no sé si significa grandes energías internas que buscan expansión, idealismos tras de los cuales todos caminamos, ansias ardientes que no siempre podemos satisfacer, exuberancia de vida, en suma; ó si, por el contrario, es una mala cualidad enfermiza, cualidad en cierto modo nerviosa, vanidad y orgullo desmentido, faltá de resignación y carencia de instinto práctico. No sé; quizá sean unas y otras cosas mezcladas.

La cualidad á que me refiero, es ésta, que yo no sé si es universal para toda la raza humana, ó si, en grado más alto, es propia de mis compatriotas los españoles.

Es muy frecuente en España, encontrar individuos que se interesan vivamente por lo que, al parecer, no les importa, y ponen en olvido aquello que más debiera interesarles. Más claro: Hay

muchos que tienen una profesión, que se han dedicado á una carrera, que ejercitan un modo de vivir y que con él viven; en la ciencia, en la industria, en el arte, en la ingeniería, en la medicina, en la abogacía, y así sucesivamente, y pongamos aquí todas las profesiones, artes y oficios imaginables. Pues el individuo á que me refiero, odia lo que es, desdeña la profesión que ejerce, que es, como he dicho antes, lo que más debiera interesarle, y, en cambio, ama y desea lo más opuesto á aquella labor humana á que consagró su existencia.

Esto parece algo abstracto, pero voy á poner ejemplos: tuve un profesor de matemáticas—claro que cuando era joven,—el señor R., que era profesor excelente; quizá á él le debo una buena parte de mi afición inextinguible á esta ciencia. Era, en aquellos tiempos, el mejor profesor de Madrid, en dicho ramo de las ciencias exactas. Era el preparador predilecto para las Escuelas especiales, y además, ganaba en el ejercicio de esta intelectual profesión, muchos miles de duros, quizá diez ó doce mil duros al año; que en aquellos tiempos, era muchísimo; no el desahogo, no el porvenir asegurado, sino casi me atrevo á decir, la riqueza, porque esta racha le duró, no un año ni dos, sino muchos más.

El señor R. debía tener cariño á la ciencia matemática, y, además, debía estarle agradecido, porque le proporcionaba una vida espléndida. Hubiera sido legítimo que sintiera orgullo por

ser tan buen matemático y sacar tan buenos discípulos. Su cariño, por grande que hubiera sido, consagrado al álgebra ó á la geometría á las dos analíticas, no hubiera chocado á nadie. Y tampoco hubiera chocado su orgullo de profesor. Pues nada de eso; su cariño á las matemáticas nunca llegó á la pasión. Y su vanidad de profesor eminente nunca pasó de los límites racionales y prácticos. En cambio, su pasión, su delirio, su vanidad, que en gran parte contribuyeron á su ruina, era por la música. Más que por la música por su habilidad de instrumentista; toda su vida la dedicó á tocar la flauta. Advirtiendo que la tocaba de una manera detestable: jamás le llegó á tomar la embocadura. Un ideal acústico, llamémosle así, que persiguió toda su vida con ansias ardientes y que jamás alcanzó.

En resumen; el señor R. que tenía grandes aptitudes para las matemáticas, que había llegado á ser un profesor de primer orden y que enseñando matemáticas ganaba una fortuna, fortuna que se deshizo entre música, flores, libros que él jamás leía é instrumentos de ebanistería que jamás supo manejar. El señor R., repito, se apasionaba de todo, principalmente de la música, y trataba la ciencia matemática, si no con desvío, con marcada frialdad.

Y este caso es muy frecuente.

Yo, por ejemplo, era ingeniero; pues me hice dramaturgo.

José ECHEGARAY

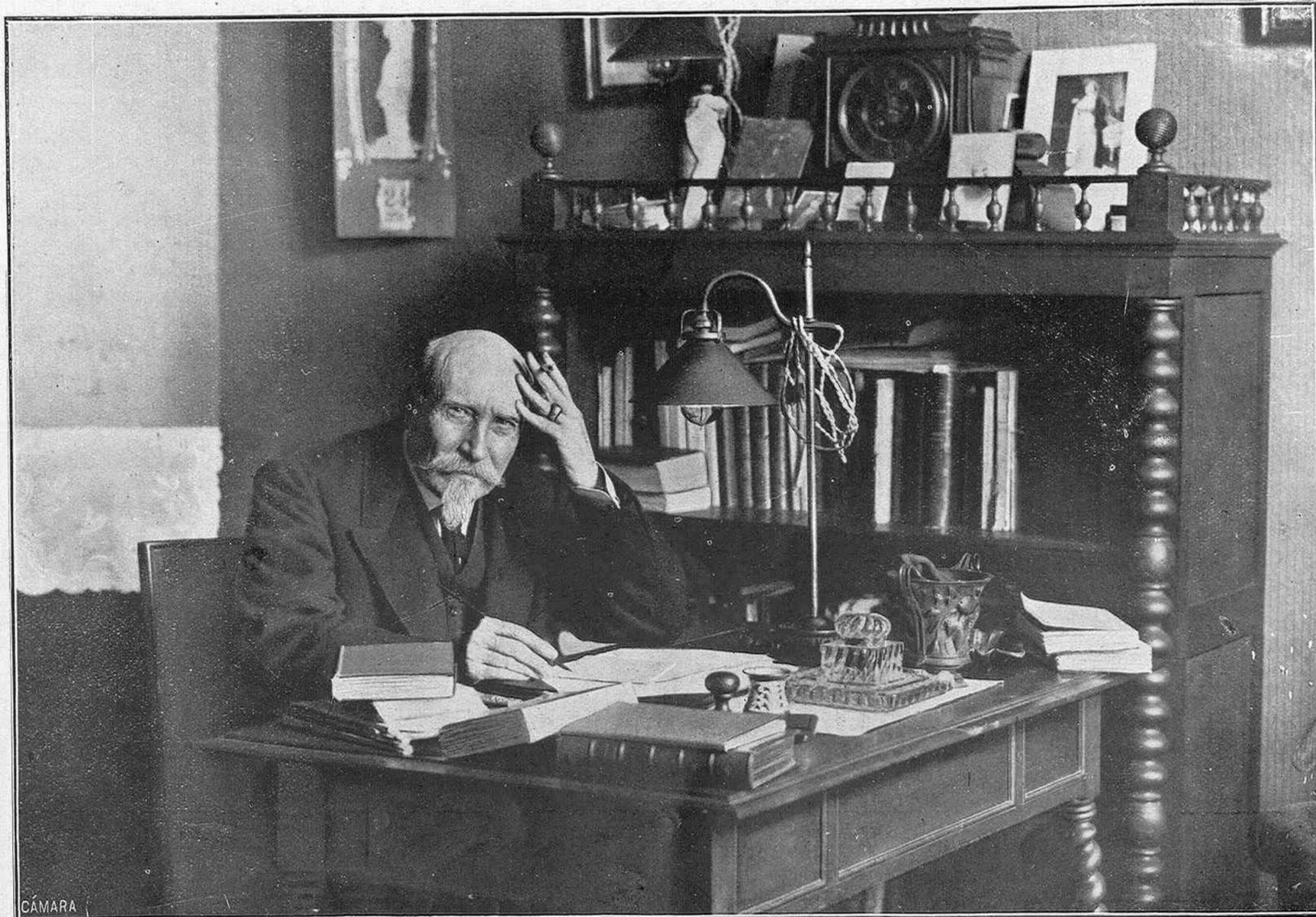


NUESTRAS VISITAS

EN CASA DE D. JOSÉ ECHEGARAY



La nieve • En casa de D. José • Tan menudito como un duende • Un cuento • Algo que por ser de Galós interesa á todos • Echegaray cuando niño • Olvida todo lo que escribe • Un soneto dicho por Quintero • Su opinión sobre literatura • No escribe más • Un pensamiento



El insigne escritor D. José Echegaray en su gabinete de trabajo

FOT. SALAZAR

NIEVE... Copos de nieve que cafan revoloteando como legión de mariposas blancas, ó como un tul transparentísimo suspendido, ante nuestros ojos, del firmamento y agitado por el aire. El automóvil seguía raudo y silencioso, como si unas alas interiores lo impulsaran á deslizarse sobre la mullida é inmaculada alfombra que la nieve hacía.

¡Todo blanco!... ¡Todo bello!... Ante nosotros se extendía el paseo de la Castellana, solitario, poético y maravilloso, con su doble fila de árboles, cuyas ramas parecían hechas con frágiles encajes de alabastro. Se nos figuraba vivir en un país del Ensueño ó de las *Mil maravillas*.

Un grupo de mozalbetes jugaban frente al edificio de *ABC*, arroján Jose proyectiles de nieve, entre gran algarazara. Alguno rodó sobre la alfombra blanca, y su caída fué festejada con las carcajadas de los demás. Yo también confieso que, arrebujado en un rincón del automóvil, sin asomar por el cuello del gabán más que los ojos, me reí también...

Pero llegamos á la calle Zurbano y á poco se detuvo el coche frente á dos hotelitos blancos, como si la nieve hubiese también envuelto sus fachadas. Llamamos en el más pequeño, que no tiene verja, y que presenta el aspecto apacible de una iglesia. Un criado nos abrió y pasamos. Dentro hacía una temperatura del mes de Julio al

sol; la que acabábamos de dejar en la calle, era de ocho grados bajo cero. ¿Qué tal?...

En una salita de recibir esperamos á D. José Echegaray. La habitación es amplia y tiene un balconcico que cae sobre un jardín inocente, sencillo, casi sin árboles, como el de un telón corto. Los muebles son antiguos; hay cuatro estantes atestados de volúmenes. Sobre la chimenea, en un marco de plata, están los dos primeros billetes—números 1 y 2—de cincuenta pesetas, con el busto de Echegaray. De la pared penden dos cuadros con los pergaminos del Premio Nobel y Toisón de Oro. Escuchamos una tosecita, después unos pasos rápidos, y en el tramo de la escalera aparece D. José, metido en un largo gabán de pieles y con una gorrilla encasquetada hasta los lentos. Con agilidad incomprensible, salvó los escalones y, después, con andar menudo, pero ligerísimo, llegó hasta nosotros. Yo no puedo ocultarte, lector, que me he pasmado de sorpresa, viendo cómo anda, cómo habla y cómo mira este viejecito que en un día fué el orgullo literario y científico de España. Tan menudo, con su rostro largo y momificado, con la perilla blanca, como una mecha de algodón, con la piel apergaminada sobre los huesos, las manos venosas y descarnadas, como sarmientos, con el cuerpecito encogido y encorvado; y luego, con su mirada vivísima y penetrante, con su voz entera y su charla ingeniosísima, con su andar ligero; este

anciano ilustrísimo, nos ha parecido un sabio mago, un adivino, sabedor de todas las suertes, ó duende de leyenda.

—Y, ¿cómo vamos de salud, D. José?...—le preguntamos, después de tomar asiento á su lado.

—Hasta ahora bien; como dijo aquel del cuento: «hasta ahora no puedo quejarme»...

—¿A qué cuento se refiere usted, D. José?...

—A uno que dicen es mío; pero yo no me acuerdo...

—¿Cómo es?...

—Es uno que se arrojó desde un quinto piso y al pasar por el principal le preguntaron: «¿Qué tal? ¿qué tal se va, amigo?»—«Hasta ahora bien; no puedo quejarme, veremos al llegar abajo»—contestó, sinceramente, el que descendía.—Pues lo mismo digo yo, hasta ahora en mi descenso voy bien, no puedo quejarme, porque, como le aconteció al del cuento, no me duele nada; ya veremos al dar en las baldosas si me quejo de una vez...

Dijo D. José todo esto con una espontánea y franca gracia que nos hizo reír á carcajadas.

—¿Y qué tal van ustedes con *LA ESPERA*?—me preguntó, después de mi paréntesis de risa.

—Muy bien; satisfecísimos de su éxito. Ha sido una explosión que, confieso á usted, no esperábamos fuese tan grande.

—Como que han hecho ustedes un magnífico

periódico que el que pica una vez, pica siempre. Yo, á mis ochenta y tres años, no he visto nada más interesante y primoroso, ni en España ni en el extranjero. La anteúltima crónica de usted sobre Galdós, me gustó muchísimo, y hasta me conmovió. ¡Pobre Benito!...

—¿Es usted amigo de D. Benito?...

—Amigo y admirador desde hace muchos años; ahora nos vemos poco, porque ya los dos estamos viejos, achacosos y muy metidos en nuestras casas; pero el primer homenaje que se le tributó á Galdós como literato, lo organizamos Castro Serrano y yo...; para lo cual, le pedimos su cooperación á Cánovas del Castillo, y se consiguió que resultara el acto un tributo digno de Benito Pérez Galdós. Asistió toda la intelectualidad y la política de aquellos tiempos; y recuerdo, como detalle curioso, que para dirigirles yo la palabra, tuve que subirme sobre una silla, y al elevarme, rompí con la cabeza una lámpara, y mire usted por donde, aquel incidente sirvióme para hilvanar mi discurso...—Hizo una pausa, después prosiguió.—Y dígame, ¿saldrá adelante la iniciativa que expone usted en LA ESFERA?

—No lo sé, D. José. Yo me he concretado á impresionar en mis cuartillas el penoso vivir del maestro. Dí la voz; en la prensa no solamente me han contestado los que llamé, sino los que me oyeron; ya sabe usted; la prensa, cuando se trata de una noble idea, la acoge sin distinción de matices... De particulares hemos recibido muchas ofertas para si se encausa la obra de ofrecerle á Galdós, por suscripción, un puñado de miles de duros; en las únicas tierras que hasta ahora no ha fructificado la iniciativa, es en las oficiales, en las más obligadas... Esto nada tiene de extraño; para cosas análogas á ésta, siempre resultó estéril la tierra de nuestros Gobiernos...; no así si se trata de una carretera ó la creación de un destino para paniaguados ministeriales; pero tratase del bienestar del más grande escritor de Europa, de la gloria más imperecedera de España, y ¿qué le importa al Gobierno que esté ciego y que tenga que torturarse hasta el alma para tener donde caerse muerto?... En fin, yo confío en que si se sigue alentando la idea, sin necesidad de una solución oficial, podremos, los buenos españoles, ofrecer á nuestro Galdós una decorosa renta... Sólo falta que no se echen en saco roto y que se lleve á cabo alguna de las tres ó cuatro soluciones que proponen los periódicos.

—A mí la más práctica, honrosa y patriótica, me parece la de Dicenta, y si no se malogra, cuenten ustedes conmigo.

—Yo también creo es lo mejor que puede hacerse; ahora sólo es necesario para ello nombrar una comisión ejecutiva, lo cual me parece que les corresponde por autoridad y prestigio á D. Miguel Moya y á D. Torcuato Luca de Tena. Yo, por mi parte, no tengo que decir nada más de este asunto, hasta que se haga... Y hablando de otras cosas: usted es de Madrid, ¿verdad?...

—Sí, señor, nacido en la calle del Niño, que hoy creo que se llama Ventura de la Vega. Mi padre era médico; ganó por oposición una Cátedra de Agricultura en Murcia y allá fuimos; yo con tres años. En el Instituto de Murcia hice la primera enseñanza

y después vine á Madrid á los quince años; aquí estudié la carrera de ingeniero, que terminé á los veinte años y me destinaron á Almería. Allí estuve una temporada, hasta que me volvieron á Madrid de catedrático en la escuela de Caminos, de donde me sacó Ruiz Zorrilla para la Dirección de obras públicas; poco después fui nombrado ministro de Fomento. Tenía yo entonces treinta y cinco ó treinta y seis años y todavía no habíase me ocurrido hacer una quintilla.

—Entonces ¿cuándo por primera vez escribió usted para el teatro?...

—El año 74 á los cuarenta y tres años de edad, escribí mi primer obra *El libro talonario*.

—¿Cuántas obras de teatro ha escrito usted?

—No lo sé fijamente; creo que 66.

—¿Producía usted con facilidad?

—Con mucha facilidad; pero ya todo lo he olvidado... Es decir, yo siempre he tenido la precaución de olvidar en el momento todo lo que escribía; pero olvidarlo por completo; así se dió el caso una vez, que en una función patriótica celebrada en el Español, cantaron unas jotas cuyas coplas á mí sinceramente me gustaron muchísimo y las aplaudí á rabiar... Cuando terminé se me acercaron los baturros que las habían cantado y me dijeron: «¿Le han gustado D. José?». Mucho, les contesté, muy bien cantadas y la letra muy sentida.—«No nos extraña que alabe usted la letra por ser el padre de ella»,—me replicaron, deándome helado porque yo no recordaba de tales coplas. Otra cosa de mi falta de memoria, para lo que he escrito, me ocurrió el otro día: Nos reunimos en casa de Maura los académicos en un banquete familiar;

á la terminación alguien propuso que yo recitara algo mío; yo alegué mi falta de memoria: entonces Serafín Quintero dijo, admirablemente por cierto, un soneto y cuando terminó y yo ya iba á aplaudir, me dijo Quintero: «¿Eso no se le habrá olvidado á D. José, aunque hace más de veinte años que lo hizo usted?» Entonces tuve que confesar que lo recordaba algo; pero en realidad no lo recordaba.

—¿Cuál soneto es, D. José?

—No le digo á usted que no lo recuerdo, sé que es contestando á una pregunta que me hicieron de cómo escribía yo mis obras de teatro.

—Ah, ya—repuse yo recordando su soneto *Cómo hago los dramas*—será éste:

*Escojo una pasión, tomo una idea,
un problema, un carácter... y lo infundo,
cual densa dinamita, en lo profundo
de un personaje que mi mente crea.*

*La trama al personaje lo rodea
de unos cuantos muñecos, que en el mundo,
ó se revuelcan en el cieno inmundo,
ó se calientan á la luz febea.*

*La mecha enciendo: el fuego se propaga;
el cartucho revienta sin remedio,
y el actor principal es quien lo paga.*

*Aunque á veces también, en este asedio
que al Arte pongo y que al instinto halaga,
me coge la explosión de medio á medio.*

—Cabal, cabal, ese es—exclamó Echegaray cuando hube terminado.

—¿Y es como lo he dicho, D. José?

—No recuerdo, hijo; así será; chispa más ó menos; por lo pronto él anda bien, no está cojo.

—¿Qué opina usted sobre la literatura actual?...

—Permítame usted que no le dé mi opinión, porque no conozco la labor literaria de estos últimos años. Como estoy mal de la vista tienen que leerme y no tengo tiempo del día para decírselo á ello. Le diré á usted, sin embargo, que entre lo poco que he leído están las novelas de un muchacho que tiene, á mi parecer, un gran espíritu literario y mucho talento. Debe ser muy jovencito, pero escribe muy bien... Se llama Zamacois. Ahora me están leyendo obras suyas. Y él es mi última impresión en literatura.

—En efecto, D. José; Eduardo Zamacois escribe preciosamente; pero no es un jovencito.

—¿Pues, qué edad tiene?...

—No lo sé fijamente, pero está entre los cincuenta y los sesenta.

—Ya ve usted; vivo yo en el Limbo.

—¿Piensa usted escribir más para el teatro?

—Nada, absolutamente nada—rechazó horrorizado D. José.—No escribo, mejor dicho, no dicto desde hace años más que para mis «Físicas-matemáticas», á las cuales casi estoy consagrado; de ellas llevo ya publicados una porción de tomos y pienso continuar dando uno-todos los años.

Y nos despedimos. Ya en el coche, acudió á mi memoria un pensamiento que D. José escribió hace quince años:

*El tiempo jamás acaba,
El tiempo jamás empieza,
Quedamos, pues, en que
[el tiempo
No tiene pies ni cabeza.*



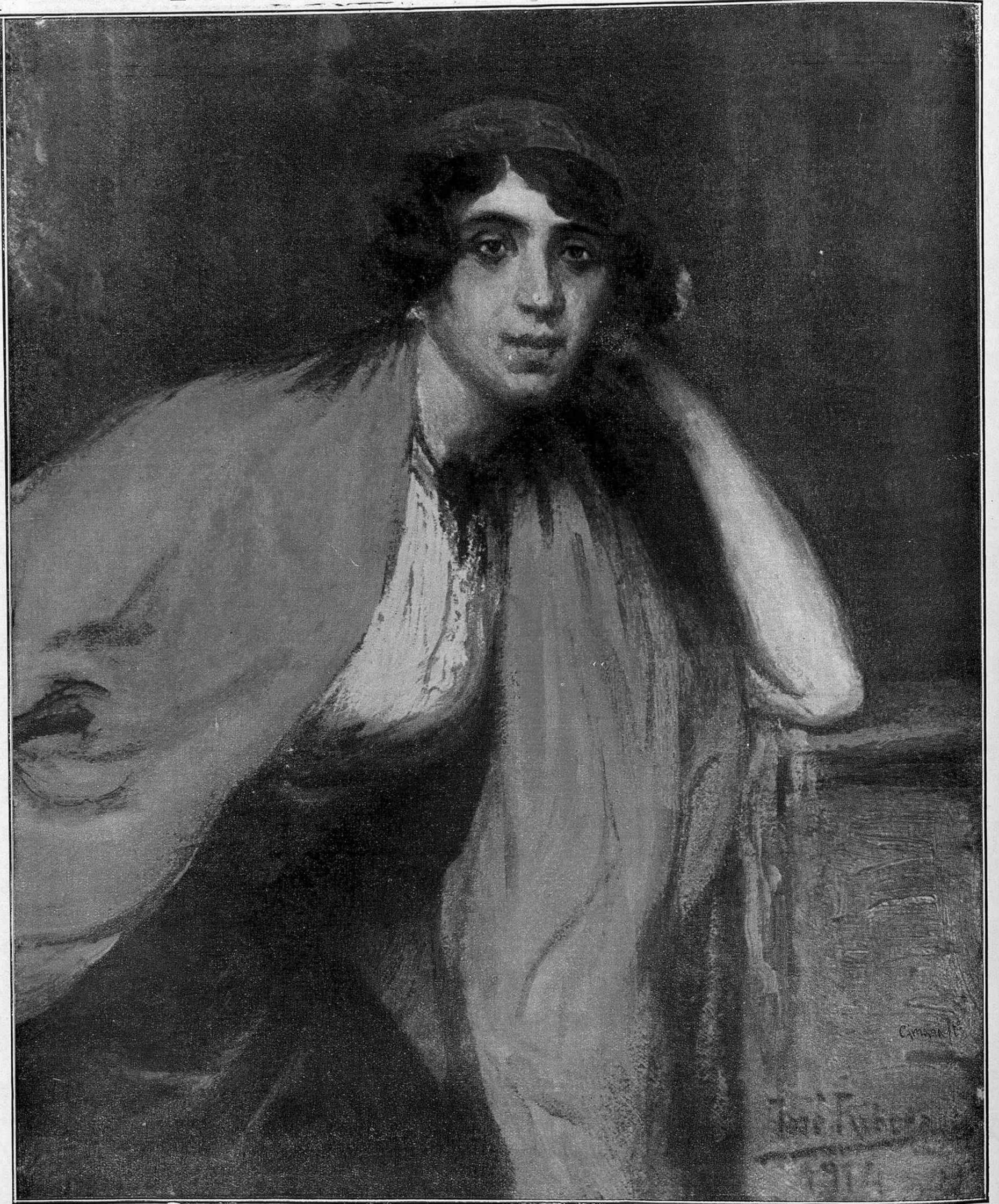
D. José Echegaray en su biblioteca

FOT. SALAZAR

EL CABALLERO AUDAZ

LA ESFERA

TIPOS MADRILEÑOS



EN LA VERBENA, cuadro de José Ribera

LAS DANZAS

EXÓTICAS



Mlle. FONTENAY

Célebre bailarina francesa, en una nueva danza oriental, que está llamando extraordinariamente la atención en París. El efecto de la nueva danza es realzado por la extravagancia del atavío exótico con que se presenta la artista

FOT. FÉLIX

Este orientalismo de la moderna coreografía, que nuestra compatriota Tórtola Valencia, con su profundo sentido estético y su gran cultura artística, ha logrado adaptar á los gustos de los públicos occidentales, es practicado por Mademoiselle Fontenay con tal escrupulosidad de detalle, que no repara en desfigurar su lindo rostro, imprimiéndole con una bien estudiada caracterización los rasgos étnicos correspondientes á las danzas por ella interpretadas.

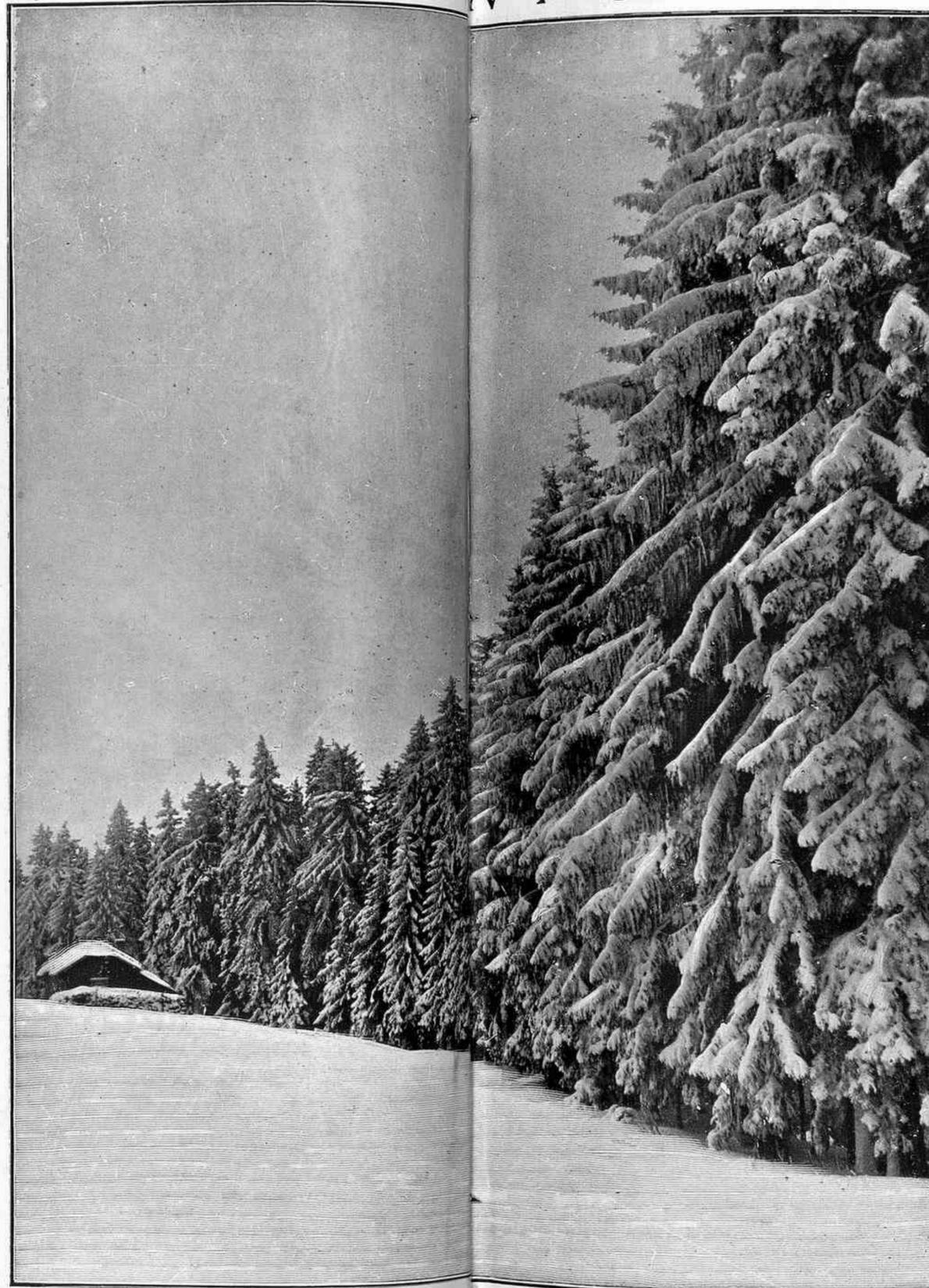


El famoso patinador Kokowski ejecutando en Berlín un peligroso salto de sillas sobre el hielo

La persistencia de las bajas temperaturas en el Norte de Europa, ha hecho nacer un nuevo género de virtuosismo, el del deporte invernal. El *skating*, que sólo alcanzaba en los *rings* de Francia, de Alemania, de Suiza, la categoría de grato pasatiempo, ha sido elevado, sobre las pistas de hielo, á la dignidad de un arte. Algunas de las fotografías que ilustran



Dos turistas disponiéndose á bajar en trineo una de las calles de Chamounix



Aspecto de la selva en los alrededores de Oberhof, Turingia (Alemania)

FOTS. TRAMPUS



Dos artistas del patín ejecutando un paso coreográfico sobre una pista helada de Berlín

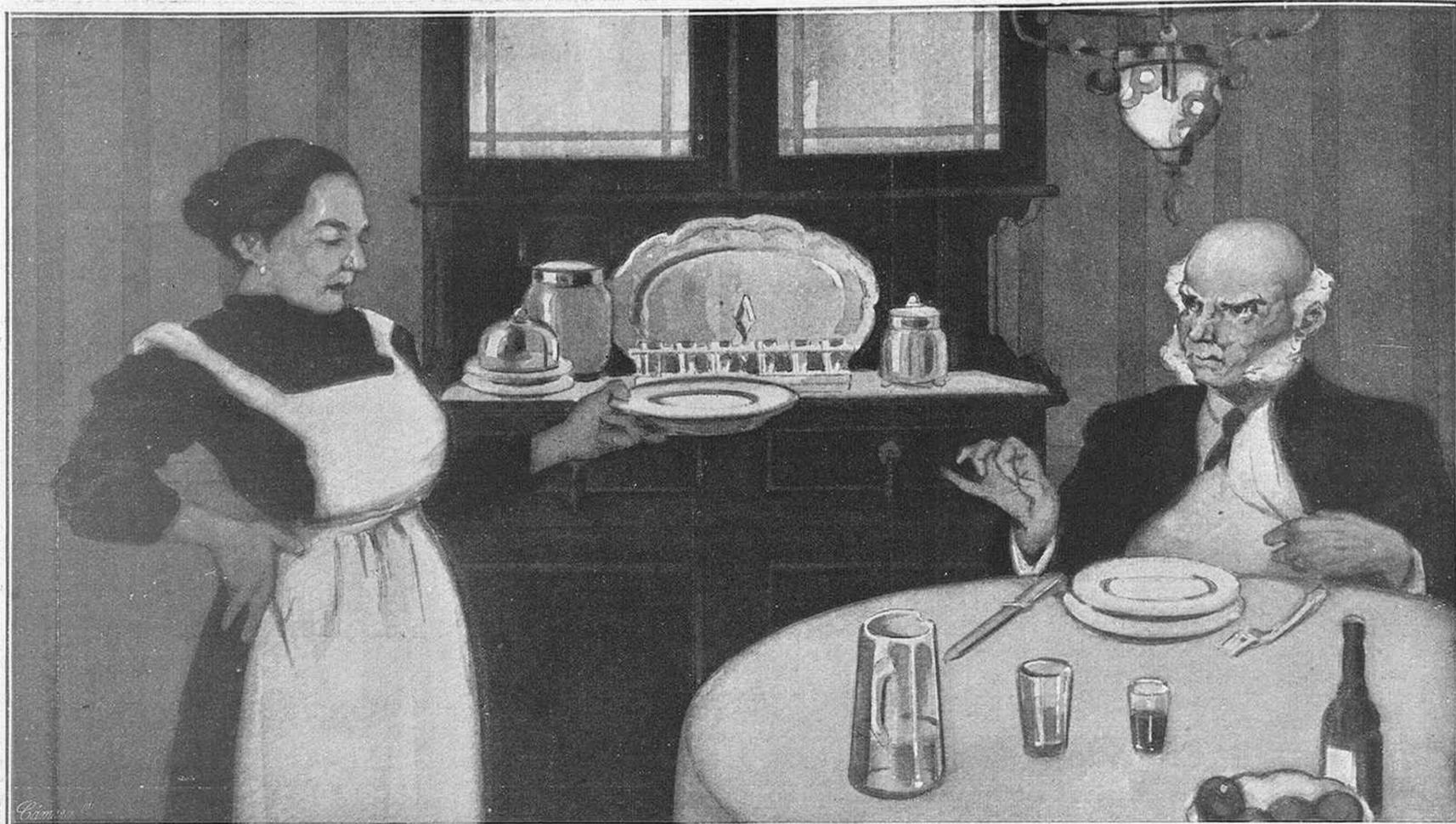
esta plana, presentan las proezas de tal cual *virtuoso* del *sport* de invierno, en Berlín y en Chamounix (Suiza). Entre los alemanes ha cobrado rápida celebridad el patinador berlinés Kokowski, que se ha especializado singularmente en el salto de longitud, y que á diario recibe, de sus compatriotas, homenajes de admiración entusiasta.



En la montaña de Chamounix.—Una señora paseando á su hijo por la nieve

CUENTOS ESPAÑOLES

AGUEDA



LÁRGUESE usted, y que no vuelva á verla delante—dijo furioso el celibatario á su sirviente, aquella vieja Agueda, que realmente era capaz de acabar con la paciencia de un santo, de los que más se distinguieron por la abundancia de esta virtud.

Había sucedido que, cuando Agueda, que acabada de quedarse viuda, entró en casa de aquel solteronazo, D. Sabas Méndez, no se diferenciaba de las fámulas del tipo general: despachaba su trabajo calladita, arreglaba la casa, guisaba regular, y sin motas, ni hilachas de estropajo, ni otros aditamentos imprevistos; y su único defecto era cierta murria que le entraba, y que la traía tres días ó cuatro con cara de pocos amigos, dando porrazos á la loza y haciendo tintinear rabiosamente las cazolillas. A D. Sabas, que vivía solo como un hongo,—lo cual es un modo de decir, pues los hongos suelen crecer en grupos—no le hubiese desagradado una criada de otro estilo, zalamera y simpática; pero, reflexionando, bien veía los inconvenientes de ventajas tales, y se resignaba con la misteriosa servidora que sin duda traía á la espalda, como tantos de su profesión, una historia de penas que le había obscurecido para siempre el alma. Aunque no hablaba nunca de su pasado, un día se le escapó decir que «quien ha perdido un hijo, no puede ya tener alegría en este mundo».

Egoísta como suelen ser, no los solterones crónicos, sino la mayoría de los humanos, don Sabas no se entretuvo en profundizar las penas de su doméstica, y vió con gusto que, á los dos ó tres años de tenerla en casa, mostraba Agueda, algunos días, cierta expansión, como por accesos, y hasta se reía sin motivo aparente. En esos días venturosos, la criada, más activa y diligente, se esmeraba en el servicio, haciendo á su amo los platos preferidos, y lanzándose á preguntarle:

—¿Qué tal? ¿Estaba bien? ¿Le han gustado al señor las chuletitas de cordero? Así rebozadas en *bichamiel*, son muy ricas...

Como D. Sabas, igual que los demás varones, fuese unas miasas fatuo é inclinado á la malicia, al ver á Agueda, que era una rolliza cuarentona, con los ojos brillantes y los pómulos sofocados, y tan deseosa de complacerle, se dió á pensar cosas mejores para calladas que para

dichas; pero la criaba, en brevísimo plazo, volvía á caer en su mutismo y en su melancolía negra y aquellos supuestos de picardihuela se los llevaba el aire. Muchas cosas hay así en el mundo, buenas, malas y peores, que no pasan «de las Musas al teatro»; que se agostan antes de echar flor.

Fijos, sin embargo, los ojos en su criada, observándola, con ese involuntario ahinco con que se observa lo que influye en nuestra vida diaria y la desquicia ó la hace más grata y feliz, acabó Méndez por darse cuenta de los altibajos y cambios de aire de Agueda. Le guió, para orientarse, el sentido del olfato, que es el más primitivo, pero el más infalible. El hábito de Agueda enviaba al ambiente un tufillo «sospedioso... ¡Allí andaba de por medio el alcohol!

—¡Demonio de mujer! ¡Vaya un resorte por donde sale!

No se formalizó sin embargo D. Sabas con exceso. Esto de la copita de aguardiente es, como nadie ignora, un matapenas, y sin duda para matar la suya se había aficionado Agueda... Sí, no cabía duda... Tal era la explicación. Siempre hay que hacer, tratándose de servicio doméstico, la vista gorda en algo. En las circunstancias de D. Sabas, no cabía ser intransigente; y estaba ya habituado á Agueda, á su cocina, á su presencia, á sus buenas cualidades. Servía aquella mujer con solicitud y hasta con cierta abnegación, enfermera solícita, incapaz de sisar un ochavo, honrada en suma. El haber hablado mucho los periódicos del asesinato de un viejo carranca de solterón, cometido por su ama de llaves, confirmó á D. Sabas en su criterio de tolerancia. Una mujer de bien vale mucho; hay que sufrir ciertas cosillas, á trueque de dormir tranquilo sin miedo á amanecer degollado. D. Sabas, que había dado en prestar pequeñas cantidades á crecidos réditos, tenía á veces dinero en casa. Era, pues, necesario evitar aventuras de servidoras nuevas, con todas las contingencias que traen los «cambios de ministerio», y más donde no hay señora, y el señor no va á andar contando los garbanzos, ni fiscalizando la conducta...

Y pasaron años. Agueda siguió triste, con intervalos de alborozo excesivo, debido sin duda al secreto consuelo que la desplomaba, por las noches, sobre el ángulo de la mesa de la cocina, donde soñoleaba, con la cabeza sobre los brazos.

La embriaguez era latente, sorda; corría por dentro de las venas, sin que la delatasen más que los saltos del humor, unas veces puerilmente jovial, otras hosco y sombrío, y el tono de la piel, amarillenta y como rellena de crasitud rancia.

Lo peor, que iba descuidando el servicio. Empezaron á faltar á D. Sabas mil detalles de esos que constituyen los hábitos de bienestar. Un día, al llevar á la boca un frito de sesos enganchado en el tenedor, vió, atravesado en él, algo que le hizo pegar un respingo y soltar un taco redondo.

—¿Qué porquería es ésta?

Con la punta de los dedos, elevó en el aire el cuerpo del delito, columpiándolo. Agueda, muda, bajaba los ojos. Al fin, pegando un chillido, rompió á sollozar. Se enfureció más D. Sabas.

—No me venga usted con pamplinas... Eso faltaba... Cuidar y no hipar...

Pero no cesaba la aflicción, y la mujer, en vez de calmarse, rompió á gritar, transformado el llanto congojoso en estridente risa.

—Adiós, está como una uva—pensó el viejo. —La hicimos buena. Se prepara aquí una escניתa de nervios...

No pensaba decir tanta verdad. En la crisis que se iniciaba, Agueda se dejó caer en una silla del comedor, gritando entrecortadamente:

—Pobre de mí! Pobre de mí! He nacido bien desdichada! Para nacer así, valiera más morirse! Tantos desprecios! Tantos, tantos! Y el hijo de mis entrañas! Con veinte años! Tan guapo! El alma mía! Aquel tifus horroroso! En ocho días, en ocho días no más, se me muere! Y en casa, ni dos duros para el entierro! Y el pillo de mi esposo, divirtiéndose con la Bibiana, la muy pindonga, que me lo traía revuelto, y sin acordarse de su hijo, de cuerpo presente! Dios lo había de castigar, y lo castigó, vaya si lo castigó! Año y medio más que su hijo duró solamente! Y yo, sin nadie! Y yo, sólo en este mundo! Y el hijo de mi vida, pudriéndose! Con lo buen mozo que era! Y yo sólo, sólo, sólo! Y despreciada! Y sin tener á quien querer! Sin un perro, un triste perro! Vale más morir, sí, señor... Para lo que es este mundo!...

Todo esto le salió como á golpetones, entre gemidos y carcajadas dolorosas, temblores y reforcimientos. D. Sabas, renunciando á almorzar aquel día, se dió á consolar á su criada; en par-

te, su abstinencia era repugnancia; el recuerdo del cabello gris enredado en la superficie dorada del frito...

Y no pareció sino que el incidente rompiera los diques de la hasta entonces contenida sentimentalidad de Agueda. A todas horas, bajo el influjo de la bebida, se desbordaba el río de amargura; y era lo peor que tal desate alternaba con otro de rabioso júbilo, si así puede decirse; de ironías feroces, de insultantes chanzas. Unas veces se permitía familiaridades incorrectas, otras ponía á D. Sabas como un renegrido trapo; otras, y eran las más, le abandonaba por completo, dejándole carecer de todo, retrasándose en planchar, presentándole la comida hecha carbón ó cruda, la sopa en agua chirle, escondiéndole las zapatillas, teniéndole hechas flecos las bocamangas del forro del gabán, no barriendo la sala, y hasta alguna noche dejando la cama sin hacer, revuelta, teniendo el amo que ir á buscarse él mismo el agua y el azucarillo nocturno al aparador. Lo que más molestaba á D. Sabas, del cambio sufrido por la sirvienta, era el lenguaje que esta empezaba á usar. Malas palabras, como un hombre de boca sucia y soez. ¡Una vergüenza! Vamos, esto ya no podía aguantarse.

La gota de agua fué que una noche, al retirarse á su domicilio, vió D. Sabas á su canario trinador con las patitas estiradas, tumbado, muerto, al lado del bebedero vacío. El solterón profesaba vivo cariño al regocijado cantor..., que animaba, con sus gorjeos y trinos, la hurañá calma de su comedor de soltero y solitario. Una furia indecible le hinchó la garganta y las sienas. ¡Haberle dejado morir de sed á «Chiquito»! ¡Maldita chispona; las había de pagar!

Dirigióse, enfurecido, á la habitación de la criada. No sin gran sorpresa, oyó hablar dentro á Agueda. Murmuraba palabras halagüeñas, en voz ronca, pero con tiernas inflexiones. Hasta sonó el chasquido de un beso... ¡Hola! ¡No nos

faltaba más! A ver si entro con un garrote... Y entró, aunque á furtivo paso, como quien intenta sorprender... Agueda, sentada en la cama, tenía en brazos á un sér peludo y sucio..., al cual prodigaba caricias. «Hijo mio, hijo mio...» repetía afanosamente. ¡Había que ver al can! Era una bola de lanas erizadas, pegoteadas de lodo, fámélico, color de cieno,—que, aturdido por tanta demostración, se encogía medroso, mirando de reojo á D. Sabas...

—¿Qué locura es ésta? Ea, ya me harté. Todo tiene un límite. Ahora mismo se pone usted en la calle, con esa alimaña asquerosa... ¡Pues, hombre! A ver si lo destripo de una patada...

—No se apure, ya me voy,—balbuceó, irguiéndose la borracha.—¡Ya, ya me largo, después de quince años que llevo aquí! ¡Por lo visto yo no puedo tener á nadie á quien querer! ¡El animalito me hace compañía, como á usted el canario! ¡Sola yo siempre, sola en el mundo! ¡Sobre que se me ha muerto el hijo de mi alma, ahora esto! ¡Quédese usted con sus riquezas, que yo me voy á pedir limosna, con este pobrecito, tan desgraciado como yo!

A pesar suyo, advertía D. Sabas algo que calificaba de tontería, y no era sino piedad humana, un poco de blandura en las entrañas secas. También entraba la tiranía del hábito, que nos apega hasta á las molestias, á lo que sufrimos por culpa de los demás, á lo incómodo del vivir. Con sus descuidos y abandono, Agueda era la vida diaria, para el viejo.

—Bueno, bueno, mujer...—articuló.—Ahora no se iba usted á largar, claro es... Acuéstese; mañana hablaremos. A ese animalito, déle de las sobras. No se va á dejarle morir.

Como si el perro adivinase el giro de la conversación, meneó agradecido la cola. La mujer se levantó, tambaleándose. Con el perro apretado contra el pecho, se dirigió á obedecer la orden de su amo, y quiso buscar un plato en la fres-

quera, restos de cocido. Sus manos temblorosas de alcohólica lo dejaron caer, y el plato se hizo tuestos en los baldosines. El can empezó á devorar con avidez la comida desparramada. Agueda le contemplaba, le animaba á saciarse.

—Come tú, mi tesoro... Llena, llena la tripija... Cuanto tiempo hará que no... Desde que tenías el tifus, ¿eh? y no te dejaban probar de nada...

Al estrépito de la rotura, D. Sabas acudió, airado de nuevo.

—¿Será posible? ¿Hará usted cosa con cosa? Demontre de borracha...

¡Borracha! Sí que lo estaba: como que no se tenía de pie. Un viento fragoroso cruzaba al través de su cerebro embotado, zumbando en sus oídos. Sus ojos no veían sino una amoratada niebla, en que se movían confusamente sombras: D. Sabas riñendo, un muchacho extendido en la caja, muy pálido; un perrucho tragando garbanzos aplastados, y que era *el otro*, el hijo, ó su espíritu, ó sabe Dios... y que venía á consolarla...

Y en apasionado transporte, agarró al perro, lo apretó contra el corazón. El animal refunfuñaba: quería seguir comiendo. Agueda se lo llevó de un impulso al pasillo. La ventana estaba abierta; una ventana grande. El fresco atrajo á la beoda, por instinto. Allá abajo, la fetidez del patio de vecindad, enseñando, como un vientre roto, las asas intestinales, sus tubos de plomo, retorcidos. La mujer se inclinó, pesándole la cabeza hacia el abismo. Una silla baja, oportuna, dejada allí para poder tender ropa, facilitó la empresa. Ascendió, estrechó más al perro, y se dejó ir sin esfuerzo alguno.

Contra las losas, su cabeza dió un encontronazo brutal. Quedó sin huelgo, inerte. El perro, ileso, ladrando lúgubrementemente, avisó á los vecinos.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

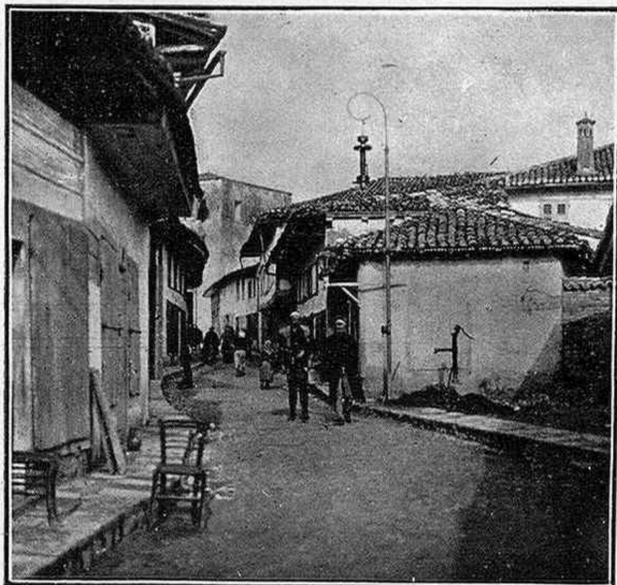
DIBUJOS DE BARBERO



LA CUESTIÓN DE ALBANIA

Albania, la histórica *Skiperi*, eterna pesadilla del turco y famosa por sus indómitos guerreros montañeses, que hasta la reorganización del ejército otomano eran considerados como la flor de sus tropas, es por el momento de gran actualidad, dado el giro que van tomando los asuntos de Oriente. La población de Albania está calculada en unos dos millones de habitantes, pertenecientes á diversas razas. Esta población

heterogénea, en la que entran desde el elemento étnico turco hasta el eslavo y el latino, se halla también dividida por las religiones, pues con el catolicismo, conviven el islamismo y los cismáticos griegos. De carácter independiente y levantisco, el *skipetar*, de pintoresca indumentaria, ha de ser el factor difícil de despejar en el presente problema de Oriente, que cada día se presenta más complicada á las cancillerías.



Calle principal de Durazo, capital de la Alta Albania

El *imbroglio* de Albania, unido al problema de las islas del Egeo, continúa cubriendo de densos nubarrones el horizonte político allá por los países balcánicos. En lo que al primer punto se refiere, el desconcierto no puede ser mayor. El príncipe de Wied, designado por las Potencias para el trono de Albania, aún no ha podido tomar posesión del cetro; en el nuevo Estado, el jefe del Gobierno provisional, Kemal Bey, dimite por no serle posible imponer su autoridad, y, mientras tanto, el agitador Essad Bajá, según parece, de acuerdo con el exministro de la guerra turco, Izzet Bajá, que aspira á la corona albanesa, como representante del movimiento musulmán, es el verdadero



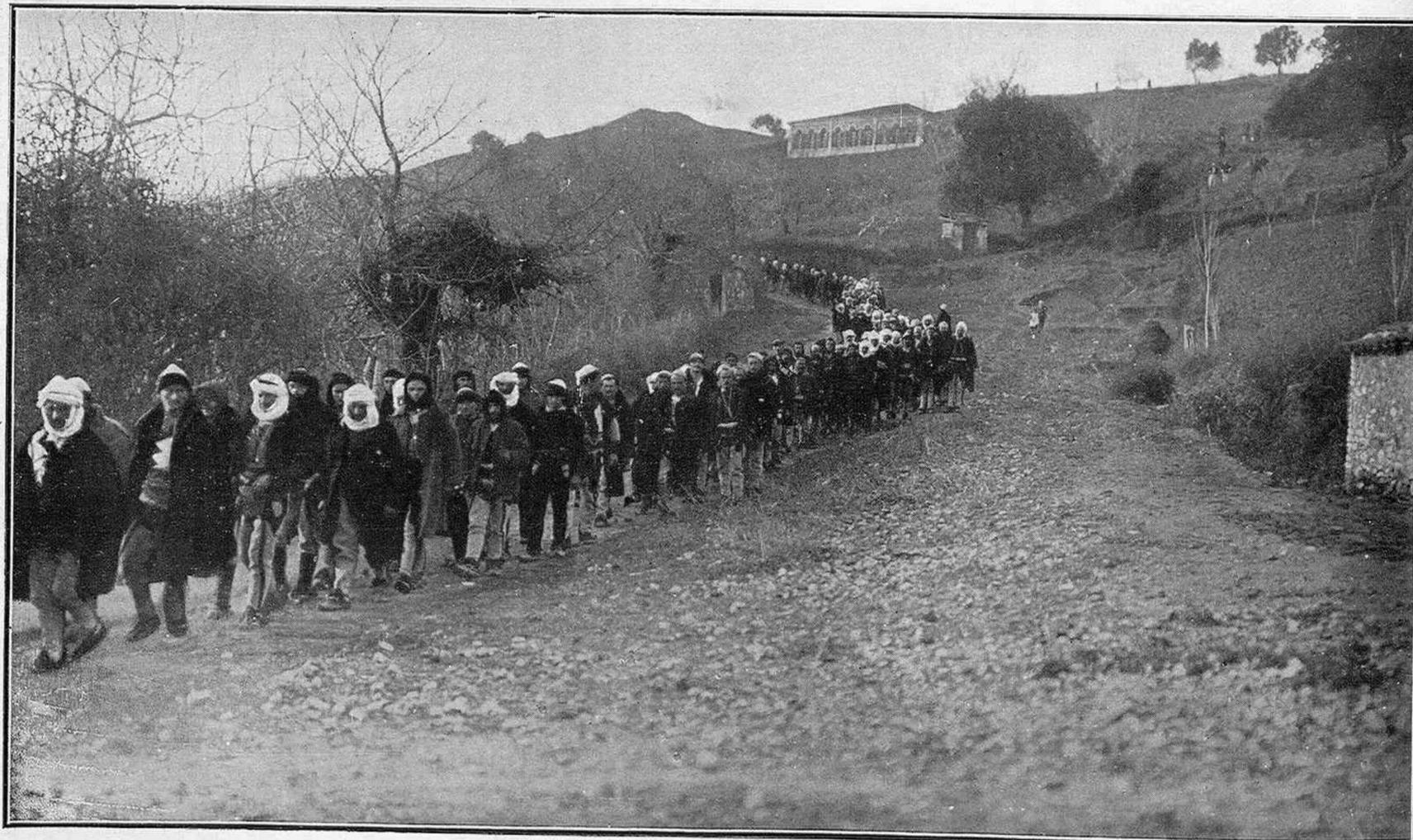
ESSAD BAJÁ
Jefe del movimiento revolucionario en Albania



Residencia del pretendiente Essad Bajá, en Durazo

dueño del país, en plena anarquía. Si á ello se añade el desacuerdo de las potencias particularmente interesadas en la cuestión albanesa, no es incurrir en pesimismo exagerados, ver en Albania la posible manzana de la nueva discordia internacional.

Las ilustraciones de esta plana contribuirán, mejor que muchas palabras, á dar idea del país y de sus pobladores. Entre esas notas gráficas incluimos diversos aspectos de la ciudad de Durazo, foco principal de la agitación anticristiana; urbe en tiempos rica y próspera, codiciada por los venecianos y los turcos, y hoy semidestruida por las invasiones y por la incuria albanesa, combinada con la apatía de los turcos.



Los guerreros malissores saliendo del palacio de Essad Bajá, en Durazo

FOTS. HUGELMANN

LA ESPERA

UN ARISTÓCRATA ARQUEÓLOGO



EXCMO. SR. D. ENRIQUE DE AGUILERA Y GAMBOA
Marqués de Cerralbo

FOT. SALAZAR

Ilustre arqueólogo, que ha dedicado su vida y su actividad á los estudios de arte y de historia, y que acaba de hacer generosa donación de los valiosos hallazgos arqueológicos, realizados en sus fincas de Guadalajara, en beneficio de la Patria, á los Museos de Arqueología é Historia Natural.

LA CASA DE UN ARISTÓCRATA ESPAÑOL



Gran salón y despacho del ilustre arqueólogo marqués de Cerralbo, en los cuales hay una incalculable riqueza en lienzos, muebles antiguos y joyas



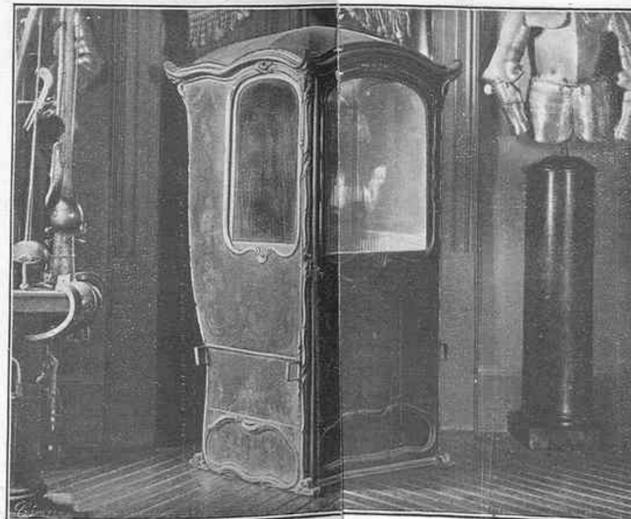
"Hall" del palacio, adornado con armaduras históricas

POTS. SALAZAR

TENEMOS en España, entre la añeja nobleza, mansiones señoriales que llegan á ser verdaderos museos de arte antiguo, guardándose en ellos riqueza incalculable, en lienzos de nuestros mejores pintores del siglo xvii, en antiquísimo mobiliario, en valiosos tapices, en esculturas, en ricas joyas y en históricos recuerdos.

Uno de estos palacios á que antes aludimos, quizá el más poderoso, donde hay más hermosas joyas artísticas que admirar, es el del ilustre prócer señor marqués de Cerralbo, enclavado en la calle Ventura Rodríguez y Ferraz. Estamos completamente seguros, que habrá muy pocos museos que encierren tan admirable colección de obras artísticas de mérito.

Es verdad que este nobilísimo marqués, aficionado hasta el apasionamiento por la arqueología y por todas las manifestaciones del arte



Litera que usaron los ilustres antecesores del marqués de Cerralbo

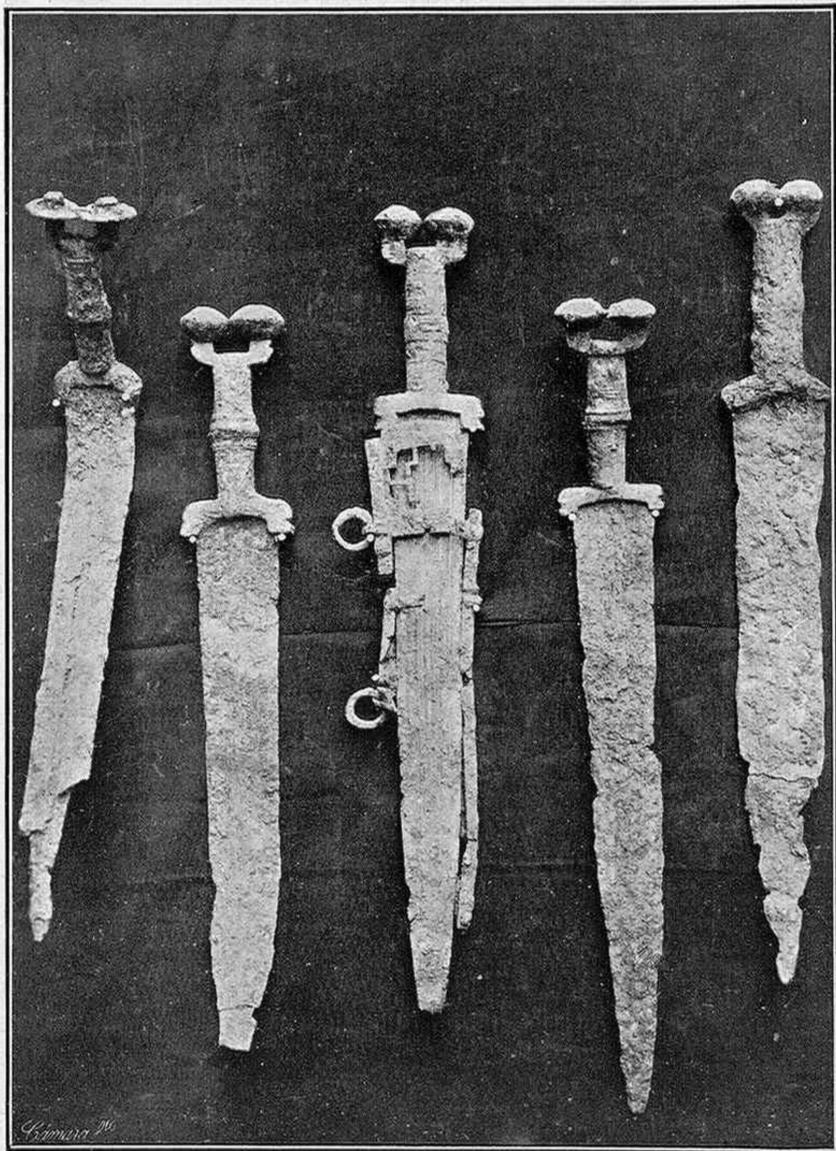
antigo, tanto en sus viajes por el extranjero como en sus exploraciones aquí en España, ha ido siempre alentado por la idea de seleccionar obras que pudieran aumentar las colecciones de su palacio.

Allí pueden admirarse numerosos lienzos del Greco, de Rivera, del Tiziano, de Van-Dik, de Rafael, de Velázquez, de Goya, de Murillo y de todos los pintores, en fin, que llegaron á divinizar en el arte. Entre los lienzos que cuelgan en las paredes de los suntuosos salones, hay tres de extraordinario mérito, que, á nuestro juicio, descuellan entre todos. Uno es del Greco: «El descendimiento de la Cruz». Otro del Tiziano: es un retrato de la primera Duquesa de Alba, que llegó á ser Reina de Nápoles, emparentada con las primitivas ramas de los Cerralbos. Y el tercero, es también un retrato, firmado por Van-Dik, que es una verdadera joya.



Uno de los salones donde tiene instalado el marqués su exposición arqueológica

DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS



Espadas ibéricas de antenas, del siglo IV al V, antes de Jesucristo



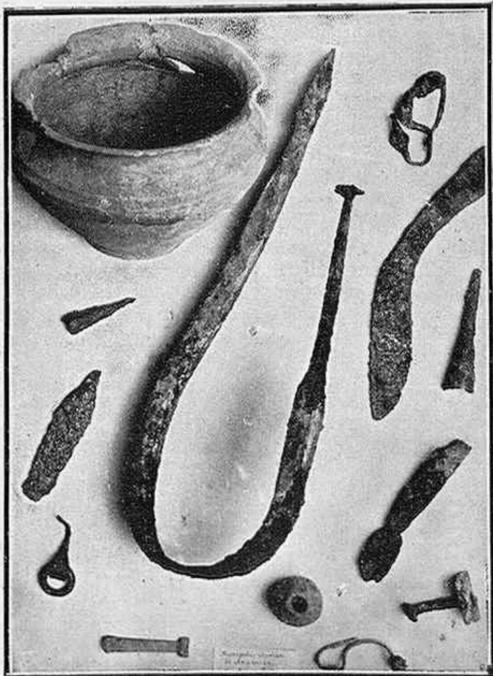
Objetos encontrados en la necrópolis ibérica de Arcóbriga (Zaragoza)

GRANDEMENTE han llamado la atención de los arqueólogos é historiadores las colecciones interesantísimas de objetos iberos y prehistóricos expuestas por el ilustre marqués de Cerralbo, y que constituyen una documentación de extraordinario valor científico. En la imposibilidad de dedicarle toda la extensión que merecerían esas colecciones, reproducimos en esta pá-

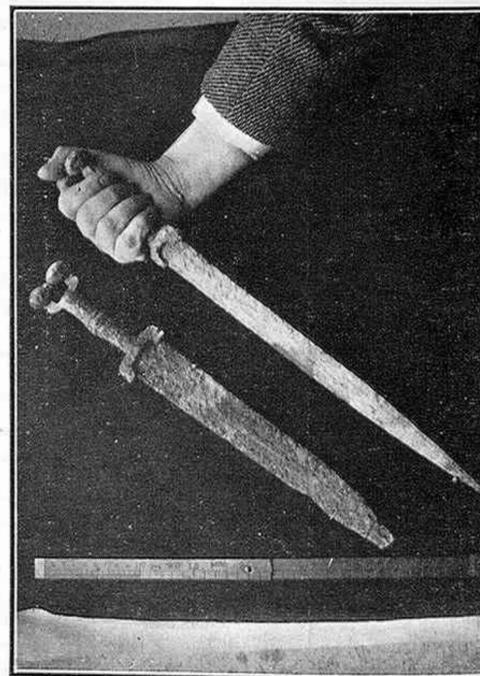


El marqués de Cerralbo en el yacimiento de Torralba, donde han sido hallados huesos de elefantes meridionales

gina algunos de los más interesantes hallazgos realizados por el noble prócer en sus exploraciones de incansable hombre de ciencia. Entre dichos objetos, son especialmente interesantes, las espadas ibéricas de antenas, del siglo IV a. de J., de gran rareza arqueológica; los utensilios y joyas descubiertos en Aguilar de Anguita y varios restos de orfebrería ibérica.



Objetos encontrados en las excavaciones realizadas en Aguilar de Anguita (Guadalajara)



Espadas ibéricas de antenas encontradas en Aguilar de Anguita

LA MODA FEMENINA



Vestido de tafetán blanco, con cinturón negro



Vestido de terciopelo coral, con tónica perlé

TAN importante como la indumentaria externa, es para nosotras, las mujeres, la toilette interior.

Por lo mismo, queridas compañeras, que somos belleza y arte, al arte y á la belleza nos debemos. Nuestras aficiones y nuestros gustos, no han de tener otra norma ni mejor guía y la crítica que más horror nos debe inspirar, es la que haga nuestra conciencia. No debe sentirse sólo la vanidad del elogio ageno. ¡Es de más importancia la satisfacción que produce el íntimo goce de haber cumplido con las reglas del buen gusto y de la elegancia!

Si comparásemos los *trousseaux* de hace cuatro años con los actuales, nos quedaríamos admiradas.

Se ha desterrado absolutamente el color del equipo interno. Todo blanco. Es más elegante, más distinguido. Lo mismo sobre la tonalidad valiente de la carne morena, que sobre la albura de jazmín de la belleza rubia ligeramen-



Sombrero de primavera, de picot negro, guarnecido de azabache y plumas negras

te sonrosada por el vivo carmín de la sangre, semeja la batista sutil ó la seda vaporosa, un beso de espumas.

Se perdió también ¡gracias á Dios! el amontonamiento de adornos y de tiras. Nada de bertas ni volantes, ni cenefas, ni menos aquellos terribles entredoses con pasacintas á veces de seis y ocho centímetros.

Todo debe ser en la actualidad muy sutil, muy ligero, como es la época, como somos nosotras mismas. Los pantalones, las camisas, las enaguas elegantes y sobrios. Calados, bordados, incrustaciones de labor artística; encajes ingleses y de Venecia y jareitas finas, que no abulten nada, ni deformen la línea.

Y para los saltos de cama demos paso á las perfidias de la coquetería, admitiendo los canesús puntiagudos hasta poco más arriba del talle, con discretos calados que enseñen sabiamente los encantos, sin pasar de una dulce promesa.—ROSALINDA

EL HECHICERO DE NUREMBERG



ALEMANIA es, como se sabe, la madre pálida de las bellas tradiciones y ensueños; lleva el Rhin ondas de poesía y en sus márgenes, bajo la luna azul velada por la triste niebla, oyense las voces del viejo Alberico y de la ninfa Lorelei. Sus negros castillos, guardan como religión de arte, viejos cuadros de asuntos diabólicos y reproducciones de los bebedores de Auerbach. La cerveza y la tradición son el secreto de la poesía de Alemania. Goethe, riéndose con la risa de Voltaire, concibió sin duda en alguna hostería de Weimar, la tragedia de Werther.

Oid, ahora, lo que se sabe de la leyenda del hechicero de Nuremberg. Mirad Hoefler, había concebido apasionado interés por la bella Gretchen. El se hallaba en esa edad, en que las pasiones, ardientes como el sol, en su cénit, se refugian en lo más alto del pensamiento y ella en la del suave florecimiento de los lirios, cuando los colores puros anuncian la rica savia de la juventud. Por ella sentía también vivísima pasión, el apuesto Wagner, el artífice relojero que al par tenía fama de mago, pero que era tan pobre de recursos, á pesar de su magia, como rico y ambicioso Hoefler el grosero lugarteniente del Margrave contra el que conspiraba, fingiendo no obstante, la más baja adulación. Una noche, Gretchen lloraba, lloraba en la soledad de su casita, que proyectaba sobre el río el lívido reflejo de su ventana iluminada. A lo lejos deslumbraba con sus chorros de luz el palacio del príncipe y Hoefler estaba allí, saboreando de antemano la posesión de su hermosura, ofrecida por la codicia de sus padres, pero también se hallaba en el castillo, el tierno, el apasionado Wagner, que había jurado desenmascarar y perder á su taimado rival.

Grandes antorchas daban su cortejo de opulenta claridad á las soberanas hermosuras. Los rubios y gordos señores, encontraban palabras galantes, que parecían abrillantar sus bellos de sátiros y el mismo Margrave, poetizaba á su modo las glorias de sus antepasados, que glosaban todos, como los cortesanos de la Roma decadente los cantos de Nerón. El más adulator de todos era Hoefler, que anunciaba sus próximas bodas, pero hete aquí que, de pronto, surge la pálida figura de Wagner.

—Señor—dice con voz trémula,—tu poderío peligra y el traidor está aquí ante nosotros.

—¿Qué dices?—responde el Margrave. Y ante la estupefacción general, el hechicero apaga una por una las radiosas luces.

Mil veces—añade—te he oído clamar por qué nuestros grandes pintores dejan sin el rastro de sus pinceles los blancos muros de tu palacio. Yo empezaré por dibujar sobre ellos, de un modo inalterable, la imagen del traidor. Sucedió un silencio de espanto. Sobre la oscura estancia, revoloteaban efluvios de luz roja que empezaron á trazar siniestras líneas sobre el muro, y poco después, con su gran toca en la cabeza, su perfil brutal, su túnica y su alabarda, quedó dibujado en sanguina, el retrato de Mirad Hoefler.

Sonó un grito de asombro y el ruido de un cuerpo al caer. El alba surgió de las verdes aguas; la casita de Gretchen, recibió una caricia rosada de la luz naciente. Hoefler había muerto, pero su imagen indeleble, como el hechicero había dicho, quedaba estampada en los viejos muros del salón de fiestas del Margrave,

Tal es la tradición.

BRANDRE

LA ESFERA

FIGURAS DEL TEATRO



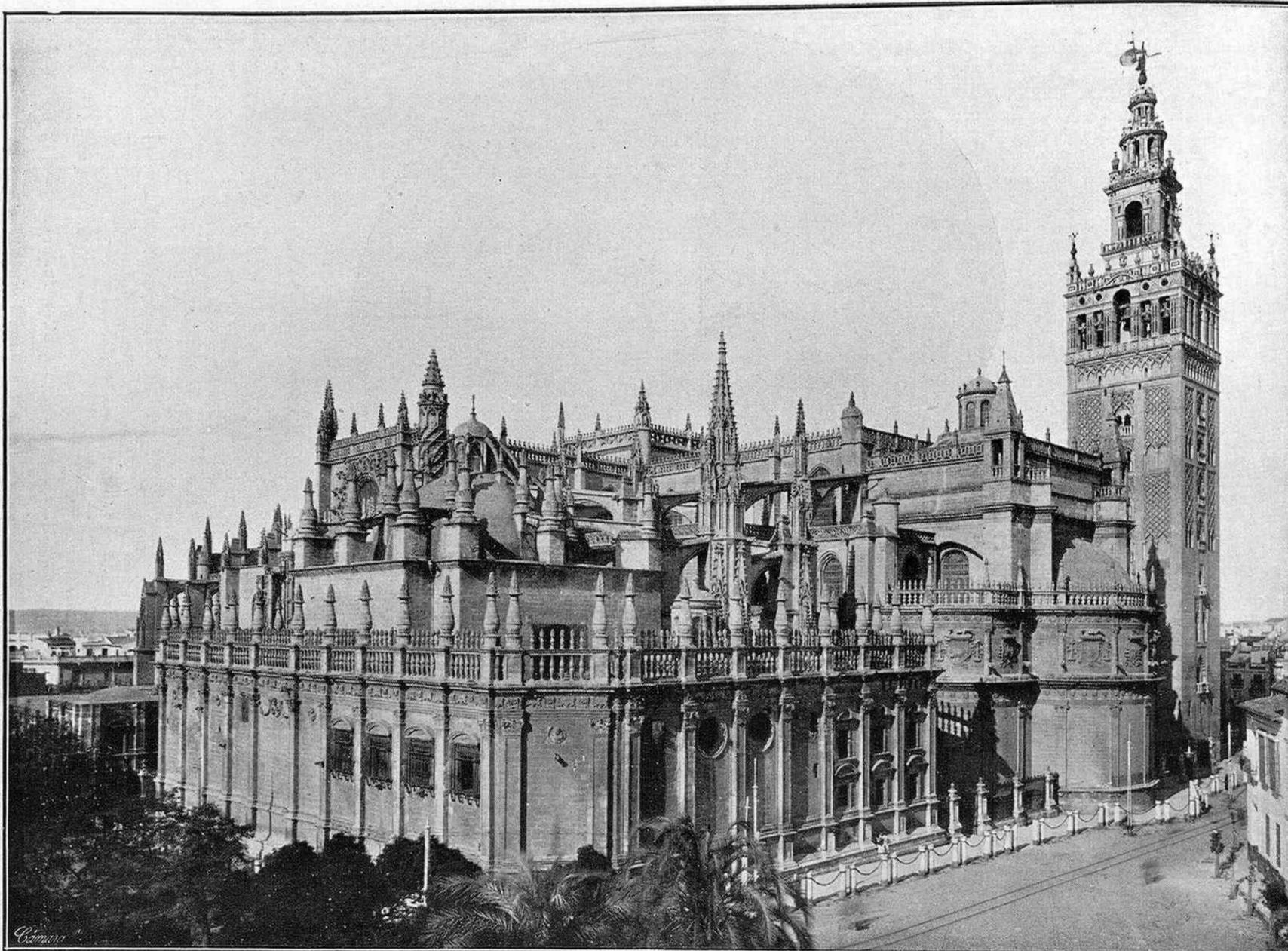
ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

DIBUJO DE GAMONAL

FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA

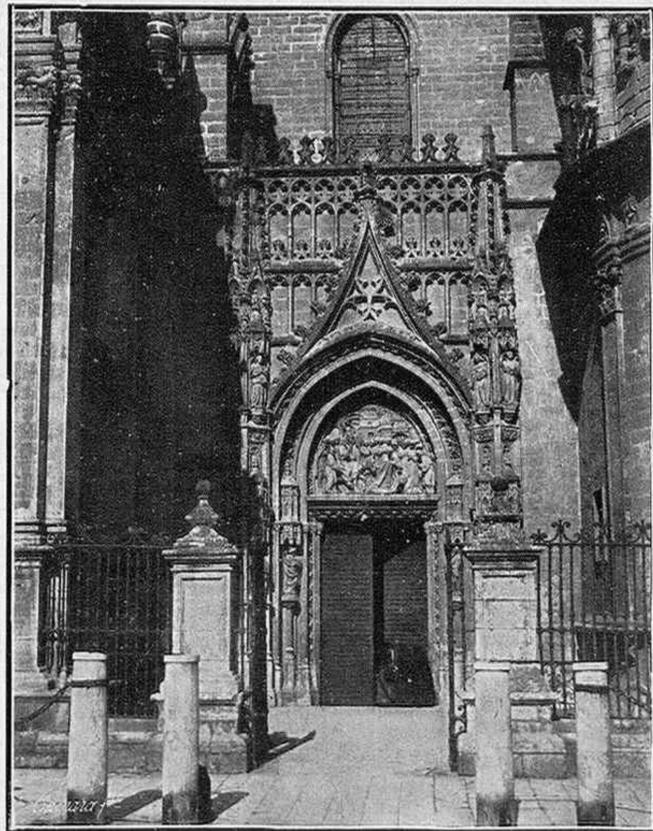
El ilustre director del Teatro de la Princesa en la comedia de los Sres. Alvarez Quintero, "La Flor de la Vida"

SEVILLA MONUMENTAL



Vista general de la Catedral y de la Giralda, la torre más famosa de España

FOTS. PÉREZ ROMERO

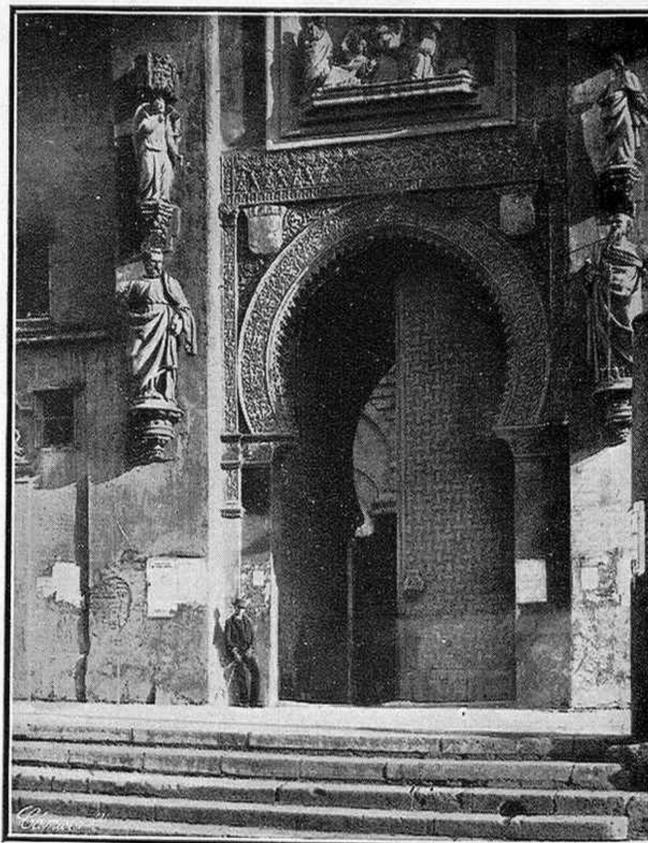


Puerta de San Roque, de la Catedral de Sevilla



La mágica ciudad del Guadalquivir, que es á la vez presente y pasado palpación de vida y misterio de evocación, habla al espíritu como ninguna de las ciudades españolas.

Todo en ella es hospitalario y dulce. Desde el aire tibio que acaricia con la suavidad de la seda, hasta el nombre, musical y dulce, que parece un repique de crócalos de oro, arrancado por los nerviosos dedos marfilinos de una mujer ensoñadora. Ciñendo la corona de claveles bermejos á sus blancas sienas musulmanas, se contempla Sevilla en el cristal del río, que con el murmurio de sus aguas le canta trovas de entusiasmo.

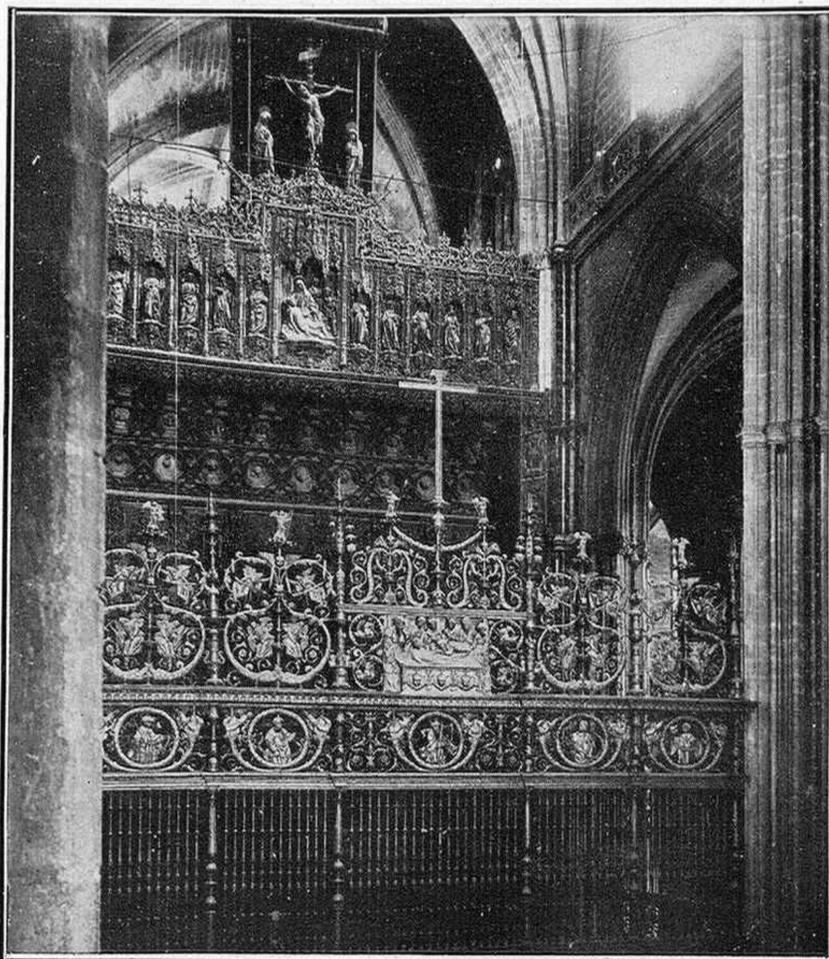


Puerta del Perdón, de la Catedral de Sevilla

LA CATEDRAL DE SEVILLA



Naves de la Catedral de Sevilla



Reja y retablo de uno de los altares

RODEADA de edificios tan notables como el Alcázar, la Casa Lonja y el Palacio Arzobispal, la Catedral de Sevilla, universalmente conocida por su grandiosidad, su severa estructura y la suntuosidad de su conjunto majestuoso, se yergue ufana, enseñando ó los ojos estáticos, la esbeltez de las agujas que la coronan, la elegancia de sus remates, pirámides frondosas, y la gallardía de la torre de la Giralda, que pasea su fama de vencedora, de uno á otro confín del orbe.

Tabernáculo donde se conserva viva la llama de la fé, lugar donde el genio señaló su paso con obras inmortales, la maravillosa creación de Alonso Martínez, respondió al deseo del Cabildo, que determinó la construcción, pensando en que fuera «tal y tan buena, que no haya otra igual».

El estilo arquitectónico es el gótico alemán, aunque se advierten también en la totalidad del asombroso monumento, influencias platerescas, mudéjares, ojivales y mauritanas.

En el orden histórico, es la vieja catedral de Sevilla un rancio cronicón que encierra las remembranzas del pasado y nos dice de cosas y de personas de guerras y conquistas, de religiones y victorias, de misterios de tumbas y arcanos eternos, de los abismos tenebrosos que existen en el espíritu humano.

Por la amplitud de las naves, espaciosas y austeras, resuenan los pasos con rumores sordos, y cuando los

labios no musitan oraciones á Dios y el asombro se revela en la palabra que el entusiasmo no pudo contener, desde las altas bóvedas, exige el eco, vigilante avanzado de la eternidad incognoscible, el cumplimiento de los respetuosos deberes que impone la casa del Señor.

En los helados sepulcros de piedra, la cabeza yacente que señaló en el mármol de la almohada la huella de su reposo secular, contempla el paso del tiempo, acelerado, vertiginoso, en persecución encarnizada de las vidas y ve cabalgar los recuerdos en los rayos del sol

y mira cómo las almas errantes buscan en los haces de luz policromados por las encristaladas ojivas, un seguro camino para llegar á la paz de los cielos.

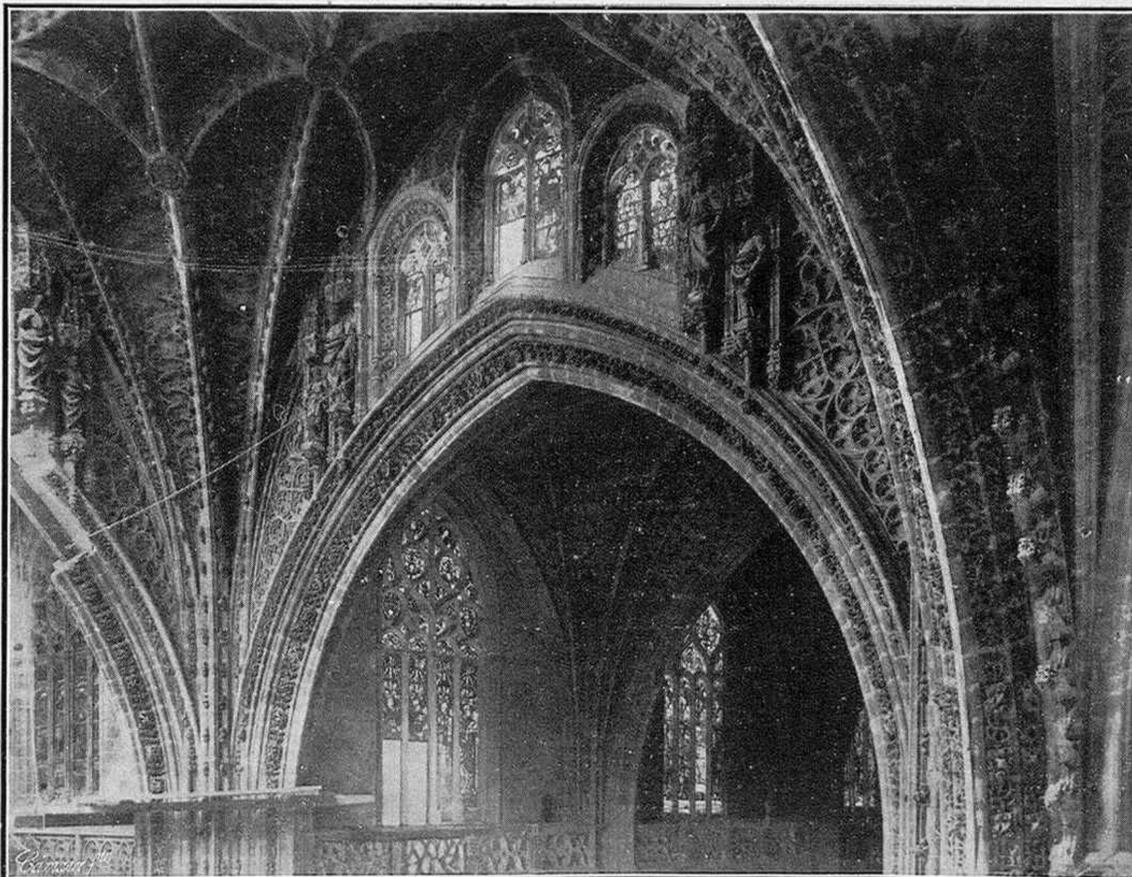
Por los calados ajimeces morunos que aroman los aires perfumados con el pródigo don de los jardines de Sevilla, entran al atardecer, en su vuelo multiforme, los murciélagos negros que giran alrededor de las lámparas de aceite donde muere, chisporroteando en estertores, una luz viviva. Caen las sombras nocherniegas y al llamar las campanas á la oración de las ánimas, en

las tumbas ancestrales se alzan los pesados tapamentos y los espíritus de damas, reyes, arzobispos y almirantes, salen envueltos en el hielo de sus mortajas, recorren los ambientes solitarios del templo silencioso, dicen postrados las santas preces litúrgicas y vuelven al interrumpido sueño, para el que son instantes los siglos.

El imperio de todas las cosas á Alláh escribió el fanatismo de los musulmanes en la admirable Puerta del Perdón, mientras la fe cristiana, esculpió en altares y retablos los misterios de su doctrina y se postra aún frente al órgano que vibra en el crucero, á oír la voz de Dios uno y trino cuyas palabras se sintetizan en el lema: «Amor, paz y perdón.»

Cristiana y mora la Catedral hispalense, lleva en su remate más alto, como un símbolo, la estatua de la Fe, que es la giraldilla de la torre.

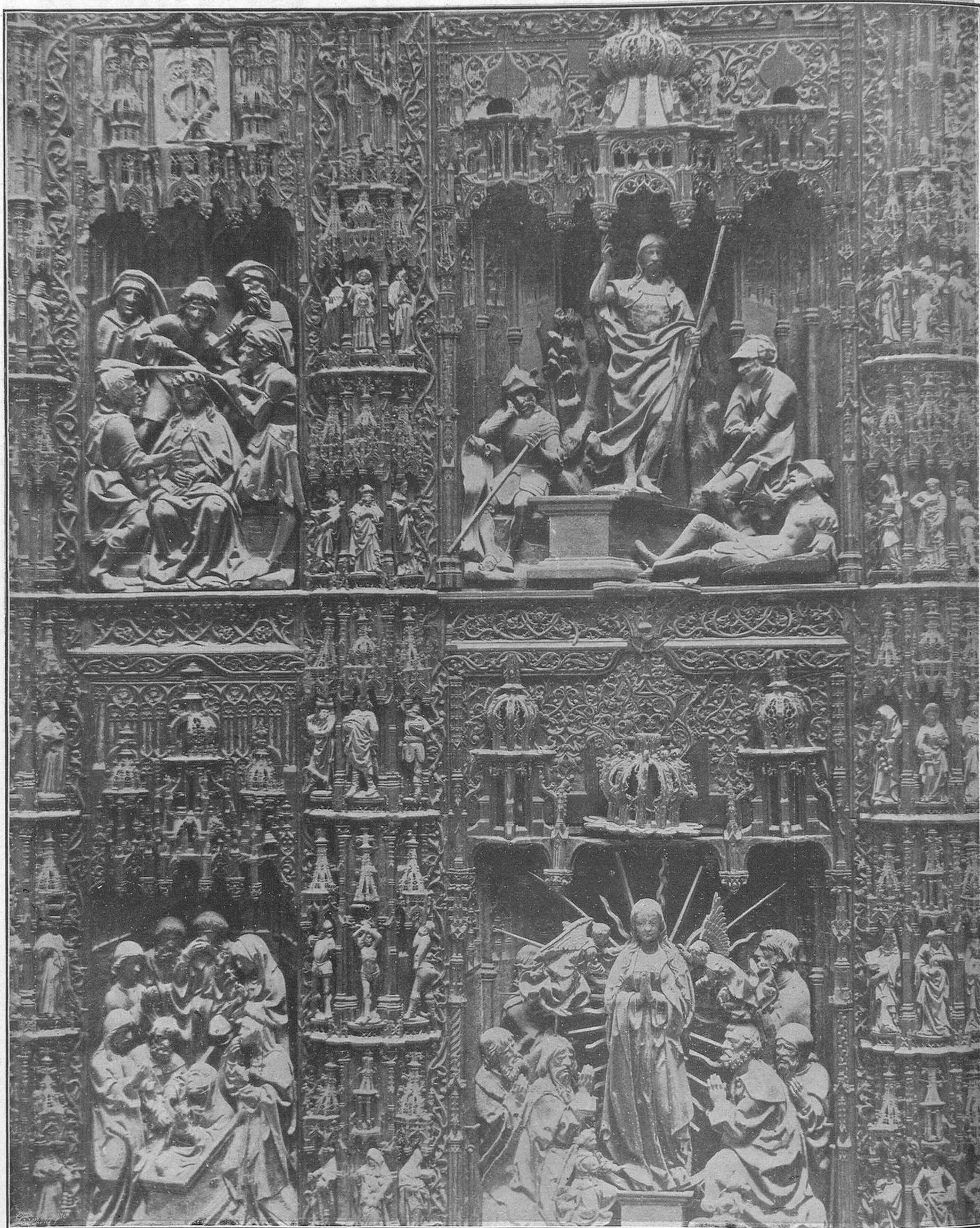
R. PEREZ OLIVARES



Detalle arquitectónico de las bóvedas de la Catedral de Sevilla

FOTS. PÉREZ ROMERO

LOS TESOROS DE LA IGLESIA



DETALLE DEL RETABLO DEL ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL DE SEVILLA
Tiene veintiocho cuadros de talla, como los que aparecen en nuestra fotografía, siendo inapreciable el valor de la gigantesca obra

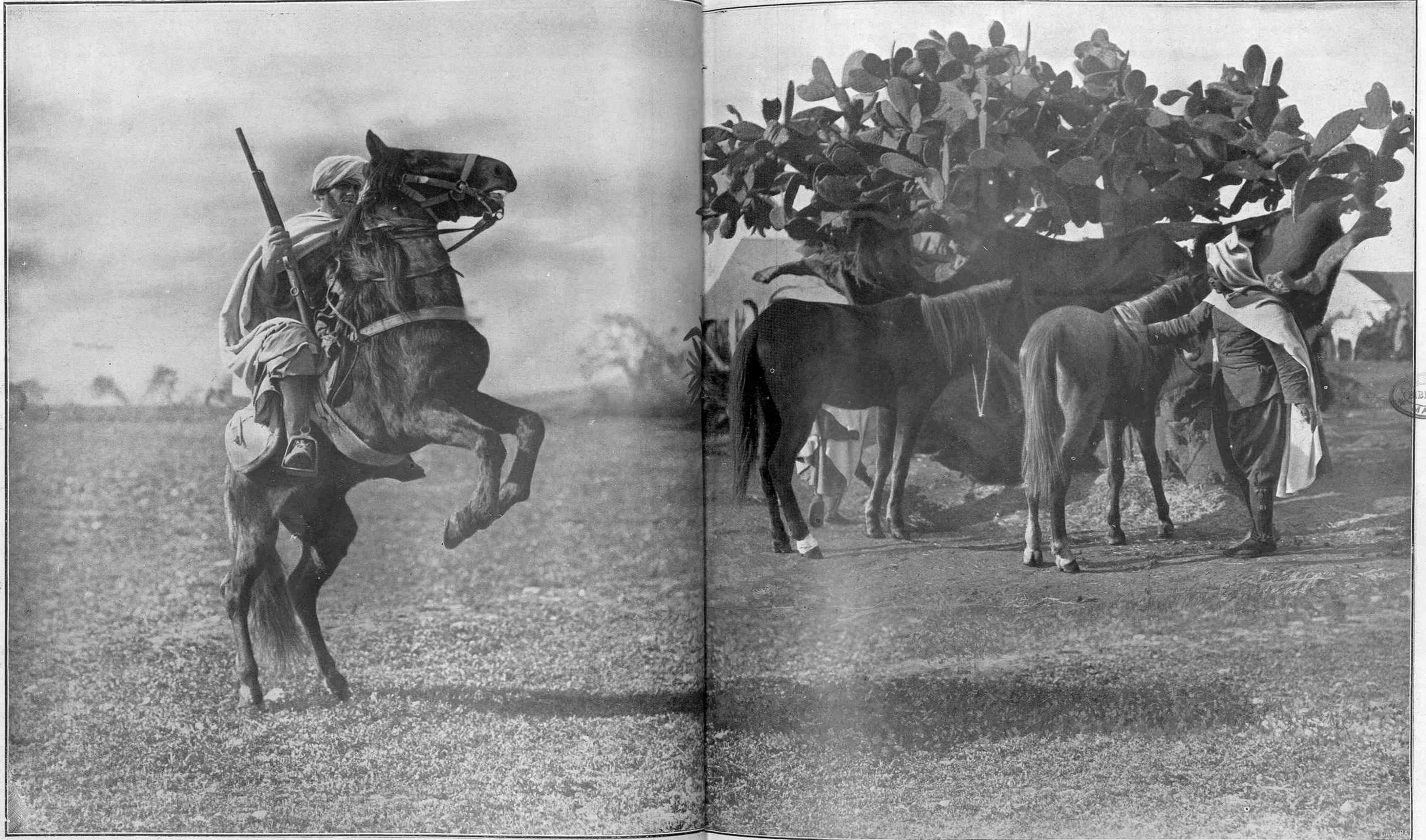
FOT. PÉREZ ROMERO

LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



GITANA DEL ALBAICÍN

FOT. PRAST



En el campamento de las tropas españolas en Tetuán.—Un jinete de las fuerzas regulares indígenas al servicio de España, resistiendo una empinada de su caballo

FOT. ALONSO

BIBLIOTECA
MADRID



LINDARAXA, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

I

Junto á la fuente de mármol
que presta frescura al huerto,
bajo la luz de la luna
que le envuelve en sus reflejos,
á Lindaraxa, la esquivada
de los dorados cabellos,
el Rey moro de Granada
así le estaba diciendo:

—Lindaraxa, Lindaraxa,
palmera de mis desiertos,
por embriagarme en tus labios
con las mieles de tus besos,
diera mi Alhambra de oro,
mis ciudades y mi reino,
y hasta este real anillo
que llora sangre en mis dedos.
—No quiero Alhambra ni villas,
ni tu anillo, ni tu cetro,
que quiero un peine de Luna
para peinar mis cabellos.

II

—Toma una bolsa de oro,
y cien más te daré luego:
todas cuantas con tus manos
puedas levantar del suelo,
si presto un peine de Luna
me fabricas, buen platero.

—Pídeme que labre joyas
tan sutiles como el viento,
que cincel en tu sortija
del Koran todos los versos,
mas ese peine de Luna,
fabricar, señor, no puedo.

III

—Chopo, buen chopo de plata,
que te inclinas en silencio,
para alcanzar las estrellas
del remanso en los espejos,
¡dame ese peine de plata
conque peinas tus cabellos!

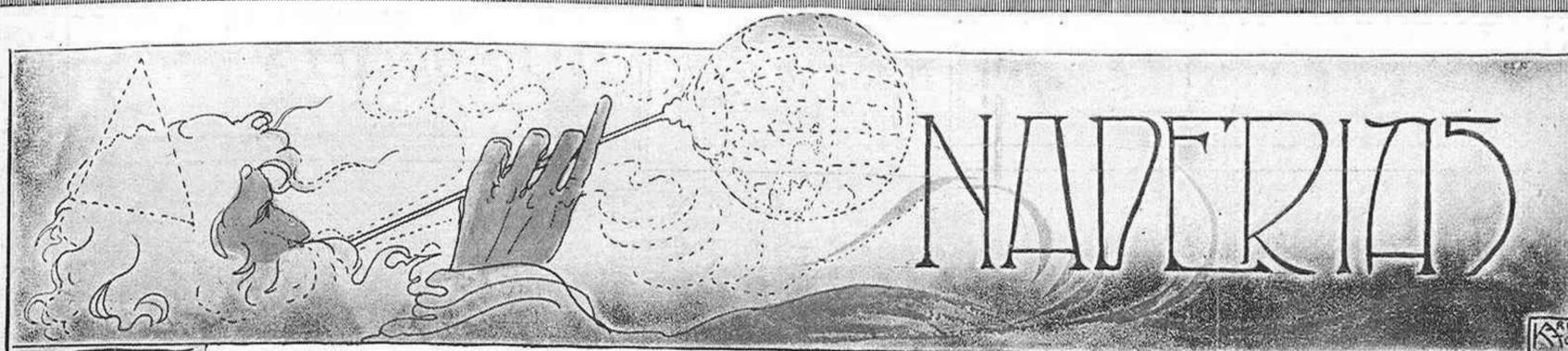
—Rey de Granada, ese peine
de Luna, darte no puedo,
que están mis brazos inmóviles
y mis ojos están ciegos!
Y el Rey moro de Granada
á su alcázar aún no ha vuelto!...

IV

En noches de plenilunio,
Lindaraxa baja al huerto,
y en el mármol de la fuente,
esperando, toma asiento,
con la cabellera suelta,
para que el luar de nuevo,
peine con peines de plata
el oro de sus cabellos!

FRANCISCO VILLAESPESA

FOT. FAJARDO



Dios hizo el mundo de la *nada* ¿por qué yo, con más modesta pretensiones, no he de hacer un artículo de lo mismo? ¡La *nada*! He aquí un vocablo que lo dice todo y al propio tiempo es una dudosa afirmación.

¿No estamos conformes en que las palabras son el vehículo de las ideas? Al fin y al cabo no son otra cosa que un signo convencional y representativo.

Nada: es decir, un signo de caprichosa acepción. Porque esto es evidente: si *nada* es algo, deja de ser *nada* y si es algo ¿qué es? Vamos á ver; la existencia de esta palabra es un absurdo.

El vulgo, con esa perspicacia instructiva que caracteriza todas sus decisiones, ha comprendido la completa inutilidad de la indicada voz y ha hecho con ella lo que por lo común se hace con lo que no sirve para una cosa determinada; esto es, aplicarla á todo.

Esa es la razón de que *nada* sea *algo*, lo cual, por absurdo que á primera vista parezca, no debe sorprendernos mucho á los que estamos acostumbrados á presenciar todavía cosas más extrañas.

Dos amigos se encuentran en la calle.—¿Cómo estás—pregunta uno.—Muy bien, chico, ¿qué es de tu vida, qué te haces?

—*Nada*, divertirme.



Es decir, que para éste, *nada* quiere decir divertirse.

—¿Has leído la última novela de Fulanéz—interrogan á un crítico.

—Sí, hombre, he tenido esa desgracia.

—¿Y qué te parece?

—*Nada*, como todas las tuyas, muy flojita.

Nada, en este caso, significa una mala novela y ¡hay que ver lo que abunda esta especie de *nada* por esas librerías.

—Anoche se estrenó el drama *En plena viscera*.

—¿Y qué?

—*Nada*, admirable.

Este género de *nada*, bastante escaso, por cierto, nos permite observar que *nada* vale tanto como un drama estupendo.

—¿Qué te escribe Juanita?

—*Nada*, que sigue encantada de la vida, gozando de envidiable salud.

¡Oh, amor! Para este amante *nada* es la salud de la mujer de sus ilusiones.

¿Véis un grupo de personas que hablan y rien hace cerca de una hora? Aproxímaos y la conversación, las carcajadas terminarán inmediatamente; preguntad qué es ello, de qué se trata y de seguro habrá quien responda:



—De *nada*.

Pues *nada* supone en este caso concreto tanto como chismografía, murmuración ó calumnia quizá.

Pero ¿qué ocurre? Se oyen gritos de una parte, desmayan las señoras, lloran los niños, la gente corre sin dirección. ¿Por qué? *Nada*, un neumático que ha estallado y la multitud ha creído que era otra cosa.

Es decir, que para ciertos felices mortales, *nada* es una especie de cataclismo.

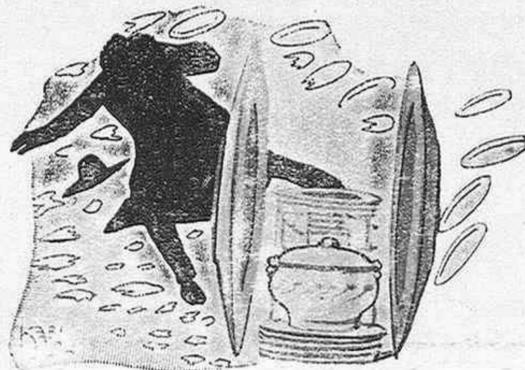
Arde mi cabeza; mi estómago funciona mal; un dolor penetrante é insistente me obliga á llamar á un médico.

Le explico mis dolores minuciosamente y con algún trabajo; entonces él con la mayor seriedad me toma el pulso, examina mi lengua y sonriéndose con aire del que está perfectamente en el secreto, me dice:

—¡Bah, eso no es *nada*!

Y aquí tienen ustedes un *nada* cuya significación es para desesperar al santo Job.

—¿Qué ha sido de nuestro buen Ricardo? ¿No se le ve por ninguna parte? ¿En dónde diablos



anda? ¿Le habrá sucedido alguna cosa desagradable?

—*Nada*; es que el hombre se ha casado recientemente.

He aquí el colmo. Si consideramos una *nadería* el acto más definitivo, más trascendental, de nuestra existencia, ¿qué mayor valor podemos darle á esta palabra?

Pero aún puede tener, aunque parezca mentira, mayor expresión, y á este propósito recuerdo que días antes de sentenciarse un ruidoso proceso que mantuvo en la mayor curiosidad á la opinión, oí decir:

—De modo que tú crees...

—*Nada*, hombre, lo fusilan.

Con lo cual me parece que es bastante para conocer que la *nada* ¡es todo!

Y perdonen ustedes que abra el grifo de lo trascendental.

En cambio hay apropiadas interpretaciones que dan á esta palabra, cuya instrumentación estamos á punto de terminar, todo su valor. He aquí uno de los casos:

Los ministros se reúnen en Consejo. A la salida los chicos de la Prensa que atienden á estos menesteres del oficio, les interrogan sobre su resultado.

Y uno de los consejeros, con aparente afecto cordial, responde:

—*Nada*, hemos cambiado impresiones simple-



mente sobre política electoral. ¡Y he aquí una *nadería* perfecta!

Nada, entonces, es para los médicos, la salud.

Para los militares, la paz.

Para los artistas, la guerra.

Para un suicida, la vida.

Para un trabajador, el sueño.

Para algunos maridos, ciertas expansiones de sus cónyuges.

Para Maura, Dato.

Para Romanones, García Prieto.

Para Lerroux, Melquiades Alvarez.

Para muchos, no pagar á los acreedores.

Para la policía, el descubrimiento de un crimen.

Para ustedes mismos, la lectura de este artículo.

Y para terminar: una vajilla en suma ¿qué viene á ser?

¡*Nada* entre dos platos!

No me tiren ustedes uno á la cabeza, y, agradecidísimo.

Luis GABALDÓN

DIBUJOS DE KARIKATO

CRÓNICA



TEATRAL



El estreno de *Los Leales* vuelve á colocarnos ante esas obras pintorescas, llenas de tipos curiosos y de frases zumbonas que constituyen el teatro de los señores Quintero. Confieso que asisto á esos estrenos con una gran curiosidad y que nunca me veo defraudado. Sé que han de aparecer entes estrafalarios, personajes dulcemente monomaniacos que conviven en amistosa familiaridad, conociéndose y «tomándose el pelo»—sin hacerse sangre—unos á otros. Sé también que ha de presentarse el Amor en sus formas menos trágicas, amor de novio á novia ó todo lo más de amante bien intencionada como *Malvaloca*; amor de clase media, no por la posición social de los enamorados, sino por la fuerza de sus alas y por la altura de sus vuelos.

¡Qué felices seríamos si el teatro de los Quintero fuera espejo fiel de la vida real! Es un teatro muy limitado, con limitaciones de todo género, unas forzadas, otras voluntarias. La limitación capital, á mi juicio—puesto que se trata de comedias de ambiente y de caracteres y como tales debemos juzgarlas—está en la superficialidad de la observación. Llegar al fondo de las cosas y de los hombres es demasiado amargo. Vale más resbalar, defenderse en las debilidades que exhibimos, sin querer mostrarnos las que realmente padecemos. De esta manera el ridículo, á flor de piel, no ofrecerá nunca consecuencias graves. Esta interpretación de la realidad corresponde á una educación, á una civilización de las pasiones y de los instintos, que nunca han desatendido los hermanos Quintero.

Hay en *Los Leales* el fracaso y la ruina de una gran familia provinciana que nos deslumbra primero con su felicidad y que luego cae en la pobreza. ¿Qué palabra han encontrado los Quintero para ponerla al frente del segundo y tercer actos de su comedia? La palabra «trabajo». Galdós había encontrado antes la palabra «voluntad». Pero los Quintero han dado á ese concepto del trabajo tan penoso desde los tiempos bíblicos un sentido tranquilizador para el público de las butacas. ¡Qué diferencia entre la caída de aquella triste familia de Henri Becque, en su sombrío drama *Los cuervos* y la caída de los Leales! Allí es de veras la pobreza, la miseria, quien acecha el paso de las víctimas. No puede haber sentimentalismo, ni esa plácida y gustosa melancolía—el placer de estar triste—que huye del corazón en las situaciones punzantes, cruelmente dolorosas. Cuando la angustia ahoga, cuando se han cerrado todas las puertas y en la espantable soledad de las cuatro paredes se dibuja el espectro de la deshonra; cuando los amigos han ido retirándose uno á uno y el que se acerca todavía entra en la casa con aviesas intenciones; cuando la única solución posible está en una limosna de la repugnante, de la horrible realidad; cuando la

Providencia viene vestida con el más despreciable ropaje, el gesto melancólico y la sonrisa dulce se han borrado. Quedan palabras agrias, gestos de ira ó de resignación. El fondo de la naturaleza humana asoma con gestos salvajes, lo mismo á la hora de la dignidad agresiva y violenta, que á la hora de la entrega y del rendimiento cobarde... Pero ¿cómo vamos á suponer nada de esto al alzarse el telón en una comedia escrita por los hermanos Quintero?

Tan lejos de semejantes horrores camina la historia familiar de *Los Leales*, que si en el primer acto hemos dicho que nos deslumbra con su felicidad, en los restantes nos deslumbra con su risueña pobreza. No hay dolor en ser pobres de tan agradable conformidad y de tan buena suerte. Oficios gratos, la chararilería, la música, la esgrima, el arte, van borrando en todos los personajes el sentimiento depresivo de humillación, el más doloroso para las familias arruinadas. No surge en ellos la discordia, veneno sin antidoto en la sociedad familiar, sino que permanecen unidos haciendo frente todos á las necesidades comunes. Es más, la desgracia no ha tenido fuerza para variar ni el más leve rasgo

de aquellas almas. Como eran, son; los mismos defectillos, iguales manías, idénticas preocupaciones. Sus pensamientos van por el mismo cauce sin que advirtamos trastorno ni revolución de ningún género. ¡Envidiable disposición de ánimo la de estos autores privilegiados, que consideran el carácter como algo acerado ó diamantino, donde no pueden hacer mella ni raya, los dientes de la fatalidad!

Todavía, si ellos mismos no han sufrido alteración, podían verla en los demás. Así es; un novio, prometido ya, abandona la casa de *Los Leales* para no verse envuelto en la ruina; pero aún ese mismo, vuelve. Sus propósitos no están bien declarados, pero vuelve, sin que ella pueda tener motivos de ofensa ni de indignación. Hay, pues, un traidor, un miserable; pero ¿me perdonarán los hermanos Quintero, si digo que ese tipo lo han creado contra su voluntad y sintiendo hacia él invencible antipatía? Por eso hacen que le llegue también su hora sentimental, y que en algún momento, casi se reconcilie con el público. Este concepto amable, ligero, de la vida, ¿es un elemento más que agregan los autores á su técnica teatral, sabiendo que consi-

tituye para ellos un motivo de triunfo? Difícil es creer en tales concesiones al gusto ajeno. Cierro que entre nosotros, el público—y el ejemplo creo que es oportuno—acogió en silencio y con disgusto, la obra admirable de Henri Becque, y prefirió desde luego la actitud optimista de Galdós, ante la ruina de una casa opulenta. Los aplausos que sonaron en todos los actos de *Los Leales* y el agrado de la mayor parte de los espectadores, decían bastante á los críticos, que no miran la obra escénica, sino como obra literaria. Para nuestro público, el teatro, continuación de su vida social, no debe traspasar los límites extremos, que en sociedad—alta ó baja—se conceden á las realidades dolorosas. Es muy fácil incurrir en infracciones al buen gusto, si en sitio inadecuado, se exhibe descarnadamente la verdad.

Es perfectamente sencillo traspasar los linderos de esa realidad acomodaticia que acepta como buena y como indiscutible la educación artística de nuestro público.

Claro que España es un país, donde la miseria y la ruina pueden tener una interpretación literaria, capaz de llegar á las alturas de lo sublime. Quizás haya nacido ya, quizá esté todavía por nacer, el escritor que intente y logre dominar al público, obligándole á oír lo que su comodidad sentimental rechaza hoy. Pero ese no es el propósito de los señores Quintero, que conciben sus obras en plácido contacto con una musa bien educada, de maneras distinguidas, fina de ingenio, graciosa en sus gestos y en sus frases, y desde luego incapaz de pronunciar en sociedad una de esas palabras inolvidables, que revelan el fondo, á veces más humilde y á veces más abyecto, de nuestra naturaleza.

Luis BELLO



ANITA MARTOS

La bella y notable actriz de la compañía del Teatro Español, en la comedia "Los Leales"

FOT. CALVACHE

LA ESFERA

LOS ÉXITOS TEATRALES



María Palou, Nieves Suárez y José Santiago en una escena de la nueva comedia, de los Sres. Alvarez Quintero, "Los Leales", que se representa en el Teatro Español

FOT. CALVACH

NOTAS CIENTÍFICAS: ANDROMEDA

Es verdaderamente inexplicable la indiferencia de algunos por los asuntos astronómicos. Una curiosidad muy natural, impulsa á todos á conocer, siquiera de vista, la vecindad; á descubrir, cuanto desde nuestra habitación se divisa, al tomar posesión de ella; y morando en la Tierra, contados son los que tratan de sondear los mundos, nuestros vecinos, que hermocean la serena bóveda de los cielos.

Y, sin embargo, al elevar la vista, también se eleva el alma, y á la par que se agranda el escenario de la creación ante nuestra vista, el espíritu se extiende por regiones inacabables, y la alegría de vivir en tan grandioso escenario, crece, haciéndose más agradable.

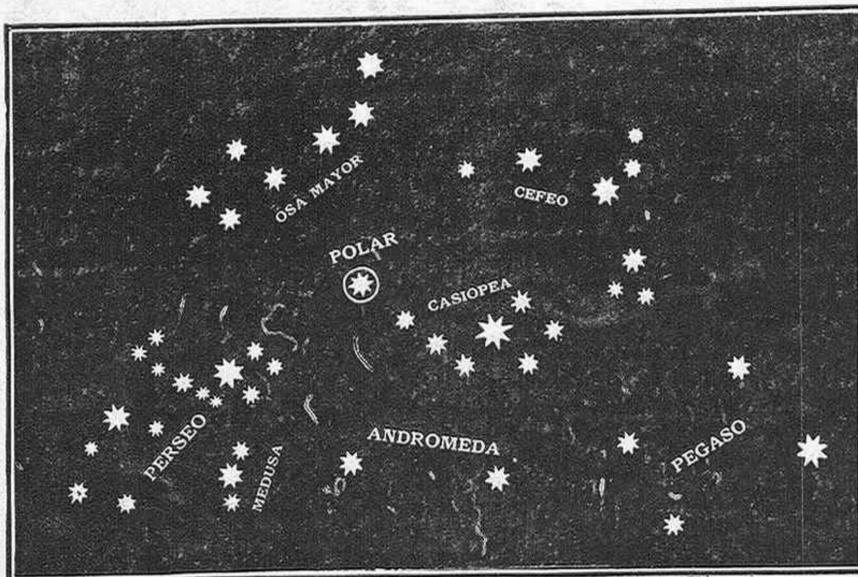
Los antiguos, más artistas que nosotros, á lo alto llevaron las fábulas en que ejercitaron su poderosa imaginación. Y las constelaciones en que agruparon las estrellas, las representaban aquellos cuentos así inmortalizados.

Al lado opuesto, con respecto á la estrella polar, de la conocida constelación llamada en astronomía la *osa mayor*, y vulgarmente el *carro*, lucen siete estrellas, que en cierto modo, recuerdan la figura de una silla. Allí creían ver los pueblos de la antigüedad, sentada majestuosamente, á Carrophia, la reina de Etiopía.

Su esposo *Cefeo*, se halla junto á ella, formando otra bellísima constelación, que ahora se ve en lo más alto del cielo.

Cuentan las crónicas, que este rey tuvo en Canopia una bellísima hija llamada Andromeda, la cual, apesar de su negro color, era el encanto de los etíopes y el orgullo de sus reyes.

A tanto llegó éste en las reales personas, y tantas fueron las ponderaciones que de la belleza de Andromeda se hicieron, que las Nereidas, envidiosas,



fueron con el cuento á Neptuno, y quejaronse ante el dios de las aguas, de los extremos etíopicos.

Sin duda que algún chisme urdieron para encender la cólera del dios; pero en los anales mitológicos, nada de esto se halla. En cambio consta, y bien claro, que irritado Neptuno, envió un horrible monstruo á las costas africanas, el cual, agitando su enorme cola, hizo estallar tremendos temporales en aquellos parajes. Las aguas, invadieron las tierras, que quedaron desoladas. Los habitantes, huyeron. Entonces *Cefeo*, reunió al consejo de Amor para consultarle el remedio á tantos males; y esta asamblea de astrólogos que, chismosos y enredadores, ya se habían enterado de la causa por la cual Neptuno revolvía las aguas, aconsejaron á *Cefeo* que entregara su hija al monstruo marino.

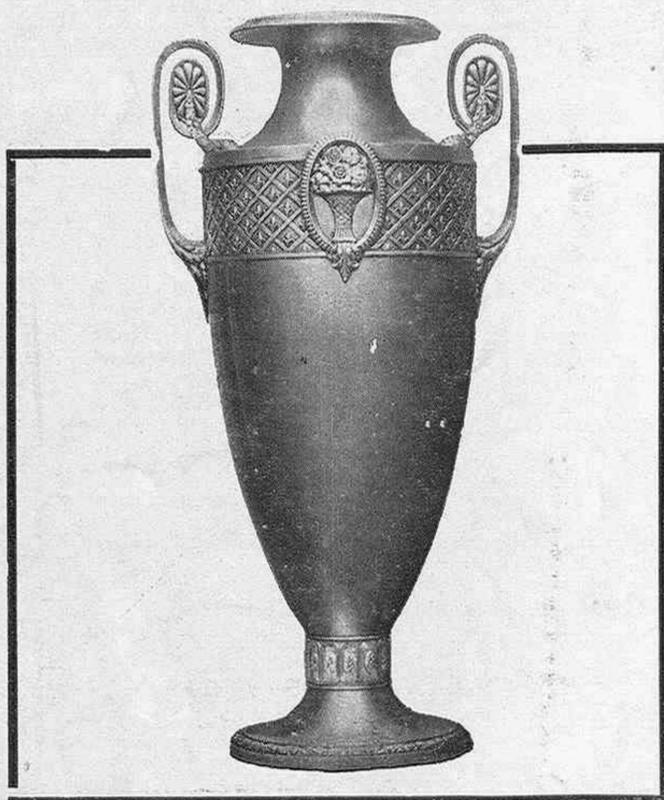
Cefeo, buen rey, pero mal padre, encadenó en una roca, junto al mar, á la morena Andromeda. Allí esperaba ésta, desesperándose, el horrible fin. Pero la historia de su desdicha, llegó á oídos de Perseo, un gentil mancebo que andaba hacía ya mucho tiempo loco de amor por la bella princesa. En cuanto supo el peligro que su amada corría, enjaezó al caballo Pegaso, y tomando en sus manos la hedionda cabeza de Medusa, salió volando, más que trotando, hacia las costas de Etiopía.

Claro es, que llegó á tiempo de evitar la monstruosidad que el monstruo marino iba á cometer. Verlo y arrojarle encima todas las serpientes que de la cabeza de Medusa salían, fué todo uno. Y muerto el causante de las borrascas, se aplacó el mar, y Perseo, después de despedir con una palmadita en las ancas al Pegaso, que tan buen servicio le prestara, llegóse amorosamente á Andromeda, y rompió las cadenas con que la sujetara á la roca su padre y señor.

Ante él acudió después Perseo, solicitando, como premio, á la hermosa libertada. *Cefeo*, que no era una mala persona, enternecido por el rasgo del mancebo, concedió la negra mano de su hija; celebráronse las bodas, y en ellas murieron los parciales de un antiguo novio desdeñado, que, con él á la cabeza, trataron de aguarles la fiesta á los recién casados.

Y cuentan las crónicas antiguas, que tan felices fueron, y un ejemplo de amor y constancia tan grandes fué su vida, que al empuje se elevaron después de su muerte, luciendo Andromeda en las tres hermosas estrellas, que unen á la constelación de su salvador, Perseo, con el alado caballo Pegaso.

RIGEL



Para regalos de boda y objetos artísticos
:: y de buen gusto, dirigirse á la Casa ::

MIELE
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2, MADRID

El catálogo ilustrado se envía gratuitamente á quien lo solicite

ESTREÑIMIENTO PERTINAZ

El vientre llega á funcionar por sí sólo usando con regularidad, durante una cortísima temporada, el

LAXEN BUSTO

Medicación moderna, agradable y económica para adultos y niños. No irrita y se toma como postre en las comidas. Jamás fracasa.

LAXEN BUSTO

no es purgante que debilita, sino laxante que facilita las digestiones. En las capitales y pueblos importantes de España y América se vende

LAXEN BUSTO

Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

≡ Venta de números sueltos ≡

Las Célebres "KLAPP"

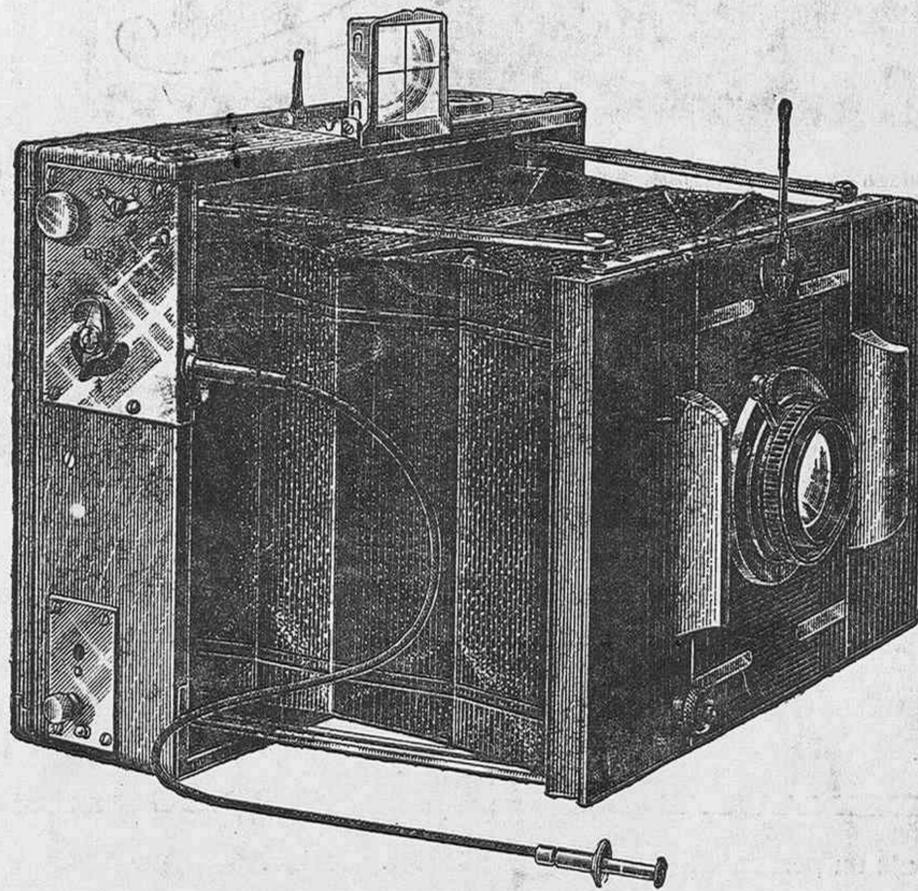
de la Marca ERNEMANN

LOS REYES DEL MUNDO FOTOGRÁFICO

Con objetivos ZEISS-TESSAR, 1:6,3.

==== Aparatos especiales para reporters, sportsmen y para los buenos aficionados ====

Instantáneas hasta el 1/2500° de segundo
Sirve también
para paisajes, retratos y grupos



Se hace en madera fina, barnizada,
estilo ébano, y en madera
de teca, bien seca, para climas cálidos

20 MESES DE CRÉDITO

Dimensiones	Precios en madera fina barnizada, estilo ébano	Precios en madera de teca
6 1/2 x 9 = 90 mm.	Pesetas 338 — Pesetas 16,90 al mes	(No se hacen en 6 1/2 x 9.)
9 x 12 = 135 mm.	> 380 — > 19,00 al mes	Pesetas 438 — Pesetas..... 21,90 al mes
10 x 15 = 165 mm.	> 490 — > 24,50 al mes	> 520 — > 26,00 al mes
13 x 18 = 210 mm.	> 5.0 — > 28,00 al mes	> 625 — > 31,25 al mes

Estos precios se entienden con tres chasis dobles de tapa de madera ó para países cálidos

Al contado, 15 por 100 de descuento

Las descripciones detalladas, así como otros modelos de diferentes precios y gustos, se hallan en el Catálogo que se envía

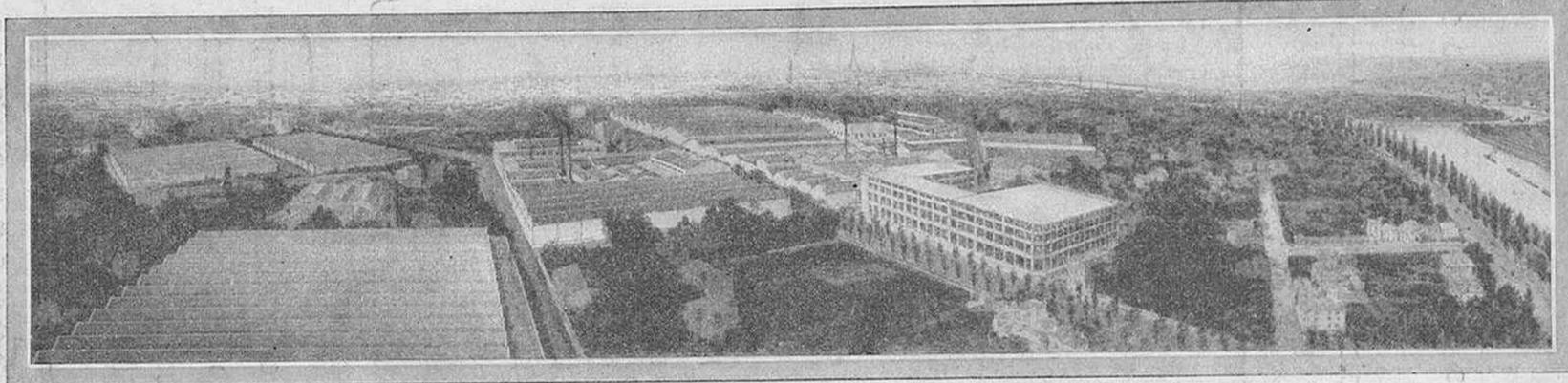
GRATIS Y FRANCO con sólo pedirlo á la Casa

S. LOINAZ, Prim, 39, San Sebastián

AUTOMÓVILES

Renault

PROVEEDOR DE LA REAL CASA



Vista panorámica de las Fábricas **RENAULT**, en Billancourt

Los talleres **RENAULT** ocupan una superficie de **120.000** metros cuadrados.

En ellos trabaja un personal de más de **4.000** operarios.

La producción media por día es de **30** coches, ó sean **9.000** coches al año.

La fabricación **RENAULT** comprende: carruajes de gran turismo, «sport» y población; vehículos industriales y de transporte; grupos electrógenos; motores agrícolas, marinos y para la aviación.

Pídanse los catálogos de 1914

TALLERES Y GARAGE: AVENIDA PLAZA TOROS, 9



SALÓN DE EXPOSICIÓN: ARENAL, 25, MADRID